

2717

TEATRO DEL HOGAR

2.^a SERIE



El Cristo de Mont-Calvari

::: Comedia
en tres actos
y en verso

por María del
Amparo Arni-
llas de Font.



CAJE

TEATRO DEL HOGAR - 2.ª SERIE

EL CRISTO

DE

MONT CALVARI



COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARÍA DEL AMPARO ARNILLAS DE FONT

SEGUNDA EDICIÓN

BARCELONA

LIBRERÍA DE PERELLÓ Y VERGÉS, EDITORES

Calle de Pelayo, 20

1915

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

ADVERTENCIA



Siendo tan conveniente al hombre poseer el arte oratorio, y debiendo formar parte de la educación del niño, bueno es que se procure ejercitarle en él, y el mejor medio para que acepte con cariño este ejercicio, es hacerle tomar parte en representaciones dramáticas, consiguiéndose que aleje de sí el temor de hablar ante una numerosa concurrencia y grabe al mismo tiempo en su memoria las escenas que le alegran o conmueven, y en las que siempre deberá hallar una provechosa lección.

Dirán algunos que esta obra es algo seria y de mucha extensión para ser interpretada por niños; al escribirla, desviándome del método adoptado por tantos autores, y seguido otras veces por mí, ya pensé que no en todos los colegios sería fácil representarla; pero hay muchos en que los internos cuentan ya algunos años y demuestran gran aptitud para declamar con verdadero arte; para éstos, pues, está escrita esta obra, la que, si bien, por mi escaso talento, despojada del galano y florido lenguaje de la verdadera y bella poesía, con argumento propio para que muestren su ingenio los niños y reciban una lección moral.

La Autora.

PERSONAJES

DON PABLO, *padre de*

ARMANDO.

DON AUGUSTO.

ÁNGEL.

DON BRUNO.

MIGUEL.

JOSÉ.

INSPECTOR.

MARTÍN.

Varios niños.

La acción pasa en un pueblo de la costa de Vizcaya:
época actual.





ACTO PRIMERO



Parte del fondo lo forma la playa, viéndose en lontananza el mar, a la izquierda del espectador casas; la que forma ángulo hacia el fondo, es la de la escuela municipal; a la derecha, y en primer término, una casa, puerta y dos ventanas bajas: encima de una de éstas, y en un nicho formado en el muro, una imagen de Cristo clavado en la cruz, delante de la que habrá una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

Armando, Angel, Miguel, José y demás niños. Perico llega interin están cantando: lleva una cesta, párase a escuchar haciendo demostraciones de alegría, pero procurando no ser visto.

CORO

Somos como bandada
de palominos,
que su nido abandonan
de gozo henchidos:
mas pronto llega
el gavilán, que ducho
desde allí acecha.
¡Vaya si es diestro,
que pronto nos da alcance
nuestro maestro!

PERICO. Cantáis como ruseñores.

- ARMANDO. ¡Perico!
- TODOS. (*Rodeándole*) ¡Ola, Perico!
- PERICO. Vaya, que tenéis un pico
que muchos habrá peores.
- ARMANDO. Dirás voz, hemos cantado.
- PERICO. Ya sé que era una canción.
Cantad.
- ARMANDO. En otra ocasión.
¿Qué llevas ahí tapado?
- PERICO. Pues, cerezas, que me dijo
tu padre:—Ves a buscar
cerezas y has de alcanzar
las mejores.—
- ARMANDO. Bueno. ¿A su hijo
bien podrás darle unas pocas?
- PERICO. ¡Eso no, mal que te cuadre!
He de darlas a tu padre...
Te digo que no las tocas.
- ARMANDO. Pues, danos.
- PERICO. ¡Pero qué chico!
- ARMANDO. ¿No quieres?
- PERICO. Si no es querer,
es porque no puede ser.
Parece claro me explico.
- ARMANDO. No nos des.
*(Los demás niños distraen a Perico, inter-
rín Armando le quita cerezas, que repar-
te rápidamente entre los que tiene más
cerca.)*
- PERICO. *(Advirtiendo que Armando come cerezas.)*
¡Otra te pego!
¿Y esas?
- ARMANDO. Son buenas.
- PERICO. Serán...
- ARMANDO. Habla, habla y crecerán.
- PERICO. ¿Cómo?
- ARMANDO. Ya lo sabrás luego.
- PERICO. *(A Ángel.)* También tú comes. ¿Qué es esto?
¡Que no me toquéis ninguna!
- ARMANDO. Cuéntalas si falta una...

- PERICO. Vigilaremos el cesto.
JOSÉ. Danos, Perico.
PERICO. Apartad.
ANGEL. Cuando tanto te queremos...
PERICO. ¡Vaya, vaya!
ARMANDO. Y te cogemos
tanto nido.
PERICO. Bien; callad.
Si yo os daba las cerezas
¿qué me diría don Pablo?
ARMANDO. (*Con mimo.*) ¡Periquito!
PERICO. ¡Hum! ¡Qué diablo!
Venid aquí, buenas piezas.
Sois todos...
TODOS. (*Batiendo palmas.*) ¡Bien!
PERICO. (*Mirando con recelo hacia la puerta de la
derecha.*)
Si me ve...
ARMANDO. Vas a buscar más y vienes.
Dentro de media hora tienes
el cesto lleno.
PERICO. ¡Jé! ¡jé!
(*Se sienta en el suelo, y poniéndose el cesto
delante contempla un momento gozoso
a los niños que le rodean.*)
Parece enjambre de abejas
que rondan el colmenar.
Todas os las voy a dar.
(*Empieza a repartir cerezas; los niños por
su parte le quitan cuantas pueden.*)
Toma... tú... ¡Eh! que no dejas.
¡Cáspita! mano pequeña,
pero coge un buen zarpazo!
(*A Angel.*) Toma tú, picaronazo.
(*A otro niño que le quita muchas.*)
Basta, basta. ¿Quién te enseña
a ser avaro y glotón?
MIGUEL. (*A José.*) Tú tienes más.
JOSÉ. No, Armando.
ARMANDO. ¿Y qué? si yo en todas mando.

- PERICO. Es verdad.
- ANGEL. Tiene razón.
- MIGUEL. Eso lo dije yo en broma;
ya sé que es el cerezal
de su padre.
- PERICO. (*A un niño.*) ¡Vamos! mal
te explicas.
- JOSÉ. ¿Y a mí?
- PERICO. Toma.
(*Pegando golpecitos a Martín.*)
¡Qué pícaro el chiquitín!
¡Eh! ¡qué listos andáis todos!
aunque ya de todos modos
le vais dando al cesto fin.
Mira como lo dejasteis.
- ARMANDO. Qué, ¿no hay más?
- PERICO. Ni una siquiera.
- ANGEL. Otras tantas que ahora hubiera...
- PERICO. ¿Con que no os contentasteis?
(*Levantándose.*)
Ahora a cantar estribillos.
- ARMANDO. Después.
- PERICO. (*Sacudiendo el cesto.*) Le voy a llenar.
(*Vase y vuelve.*)
A ver si podréis hallar
una docena de grillos.
- ARMANDO. ¿De grillos?
- PERICO. Sí.
- ARMANDO. ¿Para qué?
- PERICO. Para que canten con brío,
- ARMANDO. Pero si les ve tu tío...
- PERICO. ¡Quíá! ya los esconderé. (*Vase.*)
- ARMANDO. ¡Ja! ¡ja! no en vano decía
ayer Diego que era tonto.
- PERICO. (*Desde lejos.*) ¡Eh! que me los traigáis pronto.
- ARMANDO. (*Contestándole.*) No faltará sinfonía.

ESCENA II

Dichos, menos PERICO

- JOSÉ. Detrás de aquellos cristales
el señor maestro ya
quizás mirando estará.
- ARMANDO. No, porque a los funerales
fué de don Roque.
- ANGEL. Mejor.
La puerta aún está cerrada.
- JOSÉ. Yo llevo mal estudiada
la lección.
- ARMANDO. Pues con dolor
te quedarás sin comer.
- JOSÉ. Aún la puedo repasar.
Tengo ganas de llegar
a ser hombre.
- ARMANDO. ¡Qué placer!
- MARTÍN. ¿Placer? Los hombres no juegan;
los niños juegan en grande.
- ARMANDO. Pero, ¡hombre!
- MARTÍN. (*Gozoso.*) ¡Ande! ¡ande!
que ellos a niños no llegan
y nosotros llegaremos
a ser hombres y a estar graves.
(*Encarándose con Miguel y saltando de gozo.*)
¿A que el juego tú no sabes,
del no y el sí?
- MIGUEL. Lo veremos.
(*Miguel y Martín se sientan en el suelo,
otros niños les imitan, formando entre
todos un corro; todos rien y hablan en
voz baja, Angel, de pie junto a ellos, les
observa gozoso. Armando y José per-
manecen apartados del corro. José saca
un libro de la cartera, y suspirando lo
mira sin abrirlo. Armando se ríe.*)
- ARMANDO. ¿Qué te apena?
- JOSÉ. ¡El catecismo!

ARMANDO. Poca cosa.

JOSÉ. Verdad es;
pero se dice después
de aprenderlo.

ARMANDO. No; lo mismo
antes.

JOSÉ. Yo te hablo formal,
todo lo aprendo al momento,
y ésto, por más que lo intento,
pues es lo más esencial,
¡cá! ¡Machuca que machuca!
creo al fin que la sé, y vamos
a dar lección... empezamos...
la lengua se me trabuca
y ya estamos en discordia.
Hasta aquí aprendí no más
con facilidad, hasta las
obras de misericordia.
¿Sabes cuántas son?

ARMANDO. Pues, siete.

JOSÉ. (*Muy gozoso.*) Los pecados capitales;
éstas, catorce cabales.

ARMANDO. (*Contrariado.*) Es verdad.

JOSÉ. ¿Quieres que apriete
y te cogeré muy pronto
en historia y geografía
y...

ARMANDO. (*Con sorna.*) Mira, quién lo diría
que es sabio y parece tonto.

JOSÉ. (*Alzando la cabeza con orgullo.*)
¿Tonto? Resuelve el problema
que resolví ayer.

ARMANDO. ¿Tú?

JOSÉ. (*Muy serio.*) Yo.

ARMANDO. Difícil será.

JOSÉ. Pues, no.

ARMANDO. (*Riendo.*) ¿Cuál es? ¿el por qué el sol quema?
¿O por qué en constancia eterna,
siempre en invierno hace frío,
mucho calor en estío, (*Señalando al mar.*)

y de allá viene galerna?
O este que de ciencia estriba,
y ya van cinco a mis cuentas:
¿por qué da el globo esas vueltas
sin que el vulgo lo perciba?

JOSÉ. (*Enojado.*) ¡Quita allá!

ARMANDO. Este, que es breve
y a mi magin no le alcanza.
(*Con cómica seriedad.*)

¿Por qué cuando hace bonanza
y sin nublado no llueve?

JOSÉ. (*Muy enojado.*) Anda, mira qué sandeces...
quien no las tiene olvidadas.

ARMANDO. (*Serio.*) En esas y otras tontadas
tropiezas tú muchas veces.

Pero ya se ve, el señor,
si no es por el catecismo,
podría darnos lo mismo
lecciones de un preceptor.

(*Angel se aproxima a ellos.*)

JOSÉ. No lo dije... o mal me explico.

ARMANDO. ¡Bah! porque me equivoqué
te reías.

JOSÉ. Bueno, ¿y qué?

¡Qué susceptible eres, chico!

ANGEL. (*Aparte.*) Este ya se va enfadando.

ARMANDO. ¿Susceptible? puede ser.

ANGEL. Dejaos ya de poder
y escuchad. ¿Quieres, Armando,
oir?... Os contaré un cuento.

JOSÉ. (*Gozoso.*) Cuéntalo, empieza.

ANGEL. (*A Armando, con cariño.*) Di,
¿lo cuento?

ARMANDO. (*Con sequedad.*) Bien, sea.

ANGEL. Aquí

lo guardo, en el pensamiento.

JOSÉ. (*A los demás niños.*) Venid, que a contarnos va
un cuento.

(*Todos los niños se levantan con presteza
y rodean a Angel; éste sólo se dirige a*

Armando, que algo contrariado le escucha.)

MIGUEL. Mucha atención.

ARMANDO. Empieza tu narración.

ANGEL. Oye... Hace tiempo ya,
que entre árboles añejos
y de un torrente a la vera,
hecha de frágil madera
hubo una choza allá lejos.
En esa choza vivían
una mujer y un zagal,
madre e hijo; pero mal
sólo del rapaz decían.
Tan mal con todos obraba,
que su madre, mujer buena,
por su proceder, de pena
constantemente lloraba.
Mas él, sin temor ni duelo,
seguía causando enojos,
sin que con nublados ojos
mirara jamás al cielo.

(Breve pausa.) Era la techumbre leve
de la choza, y una tarde,
en que con fuerza y alarde
de abundancia, cayó nieve;
en que el huracán bravío
rugía con fuerza suma
y el mar en montes de espuma
mostraba su poderío,
llenos de temor, temblando
en la choza guarecidos,
la madre y el hijo asidos
en fuerte abrazo llorando...

ARMANDO. *(Interrumpiéndole.)* ¡Ah! lloraba el picarón.
Pero di, ¿por qué no huyeron?

ANGEL. Quizás porque comprendieron
que no había salvación.

MIGUEL. ¿No la hubo?

ANGEL. Aún al desmayo
del crepúsculo que huía

triste y dudoso lucía
de la luz el postrer rayo,
cuando con fuerza espantosa
cedió la techumbre.

JOSÉ. ¡Ay Dios!

ARMANDO. ¿Murieron?

ANGEL. Sirvió a los dos

ésta, de fúnebre losa.
Y tras la mundana pena,
sus almas siempre abrazadas
dirigieron sus miradas
hacia la región serena.
Pronto el espacio al cruzar
vieron de gloria destellos;
pero los ángeles bellos
no dejan al niño entrar
en la celeste morada.

ARMANDO. ¿Por qué?

ANGEL. Porque fué travieso.

ARMANDO. ¡Vaya! ¿y tan sólo por eso
para él la puerta cerrada?

ANGEL. Por eso, sí. En vano ruega
su madre y él afligido;
pero el Señor, ofendido,
el perdón al malo niega,
al que no oyó a su conciencia.

ARMANDO. Pero el tonto...

JOSÉ. ¡Pobrecito!

ARMANDO. Pues yo engaña a un angelito
y adentro sin más licencia.

MIGUEL. ¡Qué disparates! Acaba.

ANGEL. El cuento añade también,
que a las puertas del Edén
del niño el alma aún estaba.
Y sólo en la noche oscura,
cuando el mundo está en reposo,
hasta el torrente espumoso
desciende desde la altura.
Por eso los que a deshora
cruzan aquellos linderos,

oyen tristes, lastimeros
suspiros, y que alguien llora.
Y añaden con fundamento:
del niño el alma apenada
sólo será perdonada
tras de muy largo tormento.
Y es cierto; pues que pasando
van los años lentamente
y aún de noche en el torrente
está el infeliz llorando.

(Cogiéndole una mano a Armando.)

¡Oh! ¡que ninguno se vea
cual él, si a morir llegamos!
Buenos y justos seamos,
¿verdad?

ARMANDO. *(Retirando la mano con enojo.)*

Para el que te crea.

ANGEL. Dudas y va a sucederte
igual a tí si te mueres.

ARMANDO. *(Recobrando el buen humor.)*
¿Yo morirme?... ¡qué si quieres!
me tiene miedo la muerte.

ANGEL. Armando, malo no seas,
por tu bien lo digo.

ARMANDO. ¿Eh?
¿Conque ese cuento ya fué
por mí?... ¿verdad?

ANGEL. No lo creas.

MARTÍN. Pues yo a la Virgen María
por el niño rogaré.

JOSÉ. Yo a este Cristo rezaré
por él también cada día.

ARMANDO. Bien. Otra vez no empecemos
cuentos... Pues todo mentira.
¿Juguemos?

MIGUEL. Juguemos.

(Enseñándole una pelota.) Mira.

ESCENA III

Dichos, D. BRUNO que llega sin ser visto y pega un fuerte golpe en el suelo con el bastón.

D. BRUNO. ¡Eh!

TODOS. ¡El maestro!

D. BRUNO. ¿Qué hacemos?

(Unos sacan un libro de la cartera con prontitud y se ponen a leer en él; otros con un lápiz figuran sacar cuentas en el suelo, sólo Armando se queda mirando al maestro.)

JOSÉ. Estudiar.

ANGEL. Yo la lección
repasar.

MIGUEL. Y yo sacando
cuentas.

D. BRUNO. *(A Armando.)* ¿Y tú?

ARMANDO. *(Con descaro.)* ¿Yo?... mirando.

D. BRUNO. Bien. Todos sin distinción
mereceríais castigo.

La lección no se repasa
en la calle, sino en casa,
como ya sabéis que os digo.

(A Armando.) Y usted, señor descarado,
que contesta en alto tono,
ya desde ahora le abono
que hoy estará castigado.

ARMANDO. ¿Castigado?

D. BRUNO. Sí.

ARMANDO. ¿Por qué?

D. BRUNO. Silencio y a entrar aprisa.

ARMANDO. Se estuvo demás en misa
y ahora está enfadado.

D. BRUNO. A fe
que ya estoy de tí muy harto.
¡Ese descaro!

ARMANDO. Don Bruno,

motivo no di ninguno
para el castigo. ¿Me aparto
de la verdad cuando digo
que estaba mirando yo?
Si no era cierto, mintió
aquél, y todos conmigo.
No, pues yo pagar no quiero
maldad que no hice.

- D. BRUNO. ¡Callar!
- ANGEL. (*En voz baja a Armando.*)
A callar manda.
- ARMANDO. (*Pegándole un cachete.*) ¡A llorar!
- ANGEL. ¡Ay!
- ARMANDO. (*Contestando a la mirada que le dirige el
maestro.*) El me pegó primero.
- D. BRUNO. ¡Armando! ¡Armando! ¿es decir
que contigo no hay enmienda?
- ARMANDO. (*Aprovechando un momento en que el maes-
tro no mira, amenaza a Angel y le dice:*)
Quién no pueda no reprenda.
Cuidado con reincidir.
- D. BRUNO. Al que le prometo doy
todo cuanto se merece.
- ARMANDO. (*Aparte.*) Ya lo sé, y me parece,
que algunas me darás hoy.
A éste nunca se le engaña.
- D. BRUNO. Deprisa, deprisa adentro.

ESCENA IV

ARMANDO que vuelve a salir de la escuela.

No sé cómo aquí me encuentro;
me pude escurrir con maña.
Fuera muy necio esperar
el castigo que me ofrece;
viendo escape, me parece
que es prudente el escapar.
Pero ¿y mañana?... ¡no es nada!

¿Quién en el medio atina
para evitar la sobina
que me tiene preparada?
En fin, ya discurriré.
Hoy a coger nidos... ¡ea!
antes que salga y me vea,
y me diga:—te pillé.—
Pero en casa entrar deseo,
vendré a la hora de salir.
¡Calla! ya vuelve a lucir
la lámpara, según veo.
¡La culpa es de Estefanía...
qué afán porque luzca ufana
esa luz en la ventana
y ante el Cristo noche y día!
¡Ja! ¡ja! según yo presumo,
la necia llega a pensar
que de no poder brillar
esa luz ¡uf! como el humo,
del día la luz preciosa,
huiría prontamente
dejándonos de repente
en oscuridad espantosa.
¿Desea luz? pues yo no.
¿Es tenaz? pues yo también,
que rabie un rato; a ver quien
se enfada más, ella o yo.
Nadie viene... arriba, pues.

*(Se sube al alféizar de la ventana desde la
que desata el cordón que sostiene la lám-
para; apaga la luz y vuelve a atarla in-
terin dirá los tres siguientes versos.)*

A ver si puedo apagarla.
Ya está. Bueno... dejarla
y a escape... pero ¿quién es?

ESCENA V

ARMANDO en la ventana, D. BRUNO que va despacio hacia la derecha con intención de entrar en casa de Armando

D. BRUNO. Se escapó; mas sin correr
le alcanzaré.

ARMANDO. ¡Esta es buena!
El maestro, y yo aquí arriba
y sin que moverme pueda.

D. BRUNO. A su padre he de avisar,
y si sigue así, en mi escuela
no quiero niños tan malos,
que descaro tal demuestran.

ARMANDO. Oigo pasos en el patio,
mi padre sale, éste llega,
y entre los dos es preciso
que en la ventana me vean;
y entonces ya no hay escape,
serán dos faltas y buenas.
¿Sí? pues a probar fortuna...
salga el sol por donde quiera.

(En este momento pasa el maestro por cerca de la ventana, Armando se deja caer al suelo al mismo tiempo que le hunde el sombrero en la cabeza al maestro, desapareciendo por el fondo, sin haber sido visto del maestro ni de su padre, que sale en aquel momento de su casa.)

D. BRUNO. ¡Dios me asista y me socorra!
¡Ay! ¡pobre de mi cabeza!

D. PABLO. ¿Qué le sucedió, don Bruno?
(Aparte.) Vaya una actitud grotesca.

D. BRUNO. *(Quitándose el sombrero después de muchos esfuerzos para conseguirlo.)*

Ya salió, gracias al cielo.

D. PABLO. ¿Cómo fué?

D. BRUNO. Si lo supiera...

D. PABLO. Entonces...

D. BRUNO. No hay más... Llegaba aquí, cerca de la puerta, cuando siento que me oprimen el cerebro con tal fuerza, que de no hallar el sombrero a su paso las orejas, por su copa, sin remedio abre en mi cabeza brecha.

D. PABLO. Raro es el caso; quizás desde lejos una piedra... porque aquí nadie se hallaba.

D. BRUNO. Nadie, y me causa extrañeza y me hace pensar si fué...

(Mirando con recelo a derecha e izquierda.)

D. PABLO. Cómo ¿acaso usted sospecha?...

D. BRUNO. Sí, pero nada diré, porque de no ser muy cierta la acusación nunca debe lanzarla torpe la lengua; que pudiera ser calumnia, y es ésta con tan gran pena castigada por el Juez Supremo, que no quisiera tener de esa grave falta el temor en la conciencia.

D. PABLO. Tiene usted razón, don Bruno; la calumnia es la siniestra encarnación del pecado más grande que acá en la tierra pueda el hombre cometer, por sus graves consecuencias.

D. BRUNO. Es falta con la que Dios inexorable se muestra.

D. PABLO. Tal debe de ser, pues que bien sabe usted que por ella puede ser que un hombre honrado pierda más que la existencia.

D. BRUNO. Es como esa bola escasa

de nieve, que manos tiernas
de niños forma en la calle
y que al ir rodando aumenta,
y crece cuanto más anda
haciéndose al fin inmensa.

D. PABLO. (*Con fuego.*) Mas la nieve se derrite,
tórñase en agua, y no deja
de su vida rastro alguno;
mientras la calumnia artera,
que en oblicua frase sale
del torpe labio que inventa,
que corre de boca en boca
y comentándose aumenta,
que hiere la honra querida
y acibara la existencia;
esa que, sin ser culpable,
(*Con creciente exaltación.*)
alzar la frente no deja
cual si el sello de una infamia
(*Golpeándose la frente.*)
aquí marcado estuviera...
¡Ah! esa nunca se extingue,
tras sí siempre deja huella.

D. BRUNO. No está usted en lo cierto.

D. PABLO. ¿No?

Deme razón que convenza.

D. BRUNO. La razón es que, don Pablo,
la verdad por fin impera;
tarde o temprano en la lucha
llega a vencer la inocencia.
El mundo es malo, y por eso
da a la maldad preferencia,
señala al que infame dicen,
se ensaña en él con fiereza
sin mirar si le calumnia...

D. PABLO. Entonces en su impotencia
¿cómo puede? ¿quién le ayuda?
¿quién logra?...

D. BRUNO. ¡La Providencia!

D. PABLO. ¡La Providencia! es verdad.

mi esperanza puse en ella
ha muchos años; ya tarda,
pero mi fe nunca mengua.

D. BRUNO. Entonces, ¿por qué esa duda?

D. PABLO. Ráfaga impura que llega
del antro donde escondidas
las tempestades se encuentran
cruzó, haciéndome aspirar
un poco de su soberbia;
pero pasó ya... en Dios fío.
Nunca abandone la senda
que emprendió: en los corazones
de esos niños que usted enseña
inculque con noble afán
las verdades evangélicas;
puesto que la desventura
es patrimonio que hereda
la criatura al nacer,
es bien que el conjuro sepan
con que puedan extinguir
desaliento, odio y soberbia.

D. BRUNO. Es la misión del maestro.

D. PABLO. Ardua y costosa es la empresa,
formar de esos tiernos seres
la naciente inteligencia.
Respeto más y cariño
darle al maestro debieran.
(*Óyese gritar a los niños.*)

D. BRUNO. ¿Oye usted? Ya están gritando,
pronto notaron mi ausencia.
Voy allá; pero más tarde
hablar con usted quisiera.

D. PABLO. Bien, cuando guste, don Bruno.

D. BRUNO. Armando da mucha guerra.

D. PABLO. ¡Siempre lo mismo! Ya sabe
deseo que bueno sea,
si falta, castigo fuerte
hasta que llegue la enmienda;
hágalo, puesto que el árbol
de pequeño se endereza.

D. BRUNO. Haré cuanto esté en mi mano
Adiós.

D. PABLO. Hasta cuando quiera.

ESCENA VI

D. PABLO

Es preciso ser un santo,
tener paciencia probada,
para con tanto chiquillo
pasar esta vida amarga.
Si uno solo tanto enreda,
salta, grita, rompe en casa,
¿cómo lo hará el buen señor
cuando con tantos batalla?
¿No arde la lámpara?... No.
Hace un momento alumbraba,
que su luz vi reflejar
aunque poco en la ventana.
(*Encendiéndola.*)
¡Válgame Dios! ¿Quién será
el que con aviesa y mala
intención quiere que a oscuras
esté la imagen sagrada
del Redentor? ¿Mas por qué?
¿qué le importa a nadie? vaya.

ESCENA VII

D. PABLO y D. AUGUSTO

D. AUGUS. Buenos días.

D. PABLO. (*Que irá a entrar en su casa, se detiene.*)
¿Qué se ofrece?

D. AUGUS. Decirle a usted una palabra.
¿El señor alcalde de
este pueblo?

- D. PABLO. Con él habla.
Es un servidor de usted.
- D. AUGUS. Muy señor mío. Me agrada
hallarle tan pronto, pues
la jornada fué tan larga...
- D. PABLO. Si desea descansar
entraremos en mi casa
y tomando un refrigerio...
Es aquí mismo.
- D. AUGUS. No; gracias.
Sólo preguntarle ansio
si ha recibido una carta,
que debería entregar
al que hasta usted llegara
diciendo:—soy Agustín
Ene, y con esto basta.—
- D. PABLO. ¿Dirigida a mí?
- D. AUGUS. Al alcalde,
que aunque sin tener la grata
satisfacción de saber
ni siquiera el nombre, hallaba
natural que su persona,
con tal distinción, cobrara
mi confianza y la del que
aquí esa carta me manda.
- D. PABLO. Nada he recibido.
- D. AUGUS. Pues
la dilación es extraña.
- D. PABLO. ¿De dónde?
- D. AUGUS. De Arenys de Mar,
Cataluña.
- D. PABLO. ¡Eh!
- D. AUGUS. ¿Qué pasa?
Parece que le sorprende
algo ese nombre, ¿en el mapa
no sabía que existiera?
En el litoral de...
- D. PABLO. ¡Basta!
Sé donde esa población
sus bases tiene sentadas,

que más de una vez corré
con alegría su playa.

D. AUGUS. ¿Visitó usted aquel país?

D. PABLO. Para él la primer mirada
fué cuando a la vida vine;
en él las horas más gratas
de mi juventud corrieron,
y allí me hirió la desgracia.
Del Cristo de Mont Calvari,
tiene usted ahí copia exacta,
que un afamado escultor
puso en Él tal semejanza,
que creo que el de la ermita
es quien oye mis plegarias.

D. AUGUS. *(Muy conmovido y descubriéndose ante el
Cristo con respeto permanece en silen-
cio, después de lo que, y volviéndose a
cubrir, se aproxima a don Pablo.)*

Es verdad, sí. ¡Santo Dios!
Perdone usted si mis lágrimas,
revelan la oculta pena,
la tempestad que aquí se alza.
¡Ah! ¡También allí nací!
También sus risueñas auras
acariciaron mi frente
en los años de mi infancia!
¡Mas después!... No: le suplico,
le ruego a usted no me haga
ninguna pregunta, que
hay secretos que se guardan
aunque nunca a la mejilla
de vergüenza el rubor salga
si el deber, o nuestro orgullo,
de nuestro pecho le arranca,
pero...

D. PABLO. Nada saber quiero.
Don Agustín Ene y basta,
si llega la carta...

D. AUGUS. Sí.
Me interesa su llegada;

en ella espero noticias
para volver a mi patria.

D. PABLO. También deseo ir allí,
también desea mi alma
en lengua natal oír
algunas dulces palabras;
pero no, que es imposible:
como su pecho, éste guarda
secreto que el labio quema
y cuyo recuerdo daña.

D. AUGUS. ¡Qué triste ser extranjero!

D. PABLO. ¡La nostalgia a mí me mata!
Hace ya bastantes años
que, cuando todos descansan
aún, con paso ligero
voy vagando por la playa,
mirando constantemente
hacia donde está mi amada
Cataluña, y los recuerdos,
que la soledad agiganta,
hacen que tristes suspiros
del pecho oprimido salgan,
mientras el labio murmura
pura y ferviente plegaria,
para que Dios me conceda,
antes que a la tierra ingrata
descienda, mirar cumplida
mi aspiración anhelada.

Así transcurren las horas,
de ese modo el tiempo pasa,
hasta que por el Oriente
el sol muestra desplegada
su cabellera de luz
que el firmamento engalana,
y de la tierra y espíritu
disipa las sombras vagas,
que el silencio bien protege
y la oscuridad ampara.
Entonces torno sereno,
si no feliz a mi casa,

y en ese Cristo, que alumbra
constantemente esa lámpara,
espero, y a emprender vuelvo
ocupación que distraiga.

D. AUGUS. Esta oculta simpatía
que hacia usted sentí, dimana
quizás de ser los dos hijos
de aquella tierra adorada,
y hace que desee ahora
contarle...

D. PABLO. Ni una palabra.
Si en mí su secreto fía,
nobleza obliga y arranca
de mi pecho lo que... no,
no quiero que de aquí salga,
hasta que pueda decir:
—mi nombre no tiene mancha,
fué una equivocación,
fué, en fin, no lo sé... una infamia.

D. AUGUS. (*Aparte.*) ¿Qué querrá decir, gran Dios?
(*Alto.*) Deseo que me oiga.

D. PABLO. Basta,
caballero; muy cansado
debe estar y hospitalaria
casa en la mía hallar puede;
si mi oferta no desaira
me honrará usted a la par
que le honraré.

D. AUGUS. (*Tendiéndole la mano.*) Acepto. Gracias.

D. PABLO. Entremos, pues, que la mesa
pronto estará preparada,
y en cómoda habitación
descansará.

D. AUGUS. (*Aparte*) ¿Qué extraña
conmoción sentí? ¿qué es esto?
¿Qué alegría el pecho embarga?

D. PABLO. (*Aparte.*) ¿Por qué late el corazón
con tal fuerza? ¿Qué presagia?

ESCENA VIII

Los niños que salen de la escuela

- MIGUEL. Es temprano hoy.
TODOS. ¡Aleluya!
MARTÍN. ¿Aún no son las once?
JOSÉ. No.
Así, así quisiera yo,
sin lección...
ÁNGEL. ¿Diste la tuya?
JOSÉ. No, que estaba distraído
el maestro, se tocaba
la cabeza y murmuraba.
MIGUEL. Algo nuevo que habrá urdido.
JOSÉ. ¿Algo nuevo? ¿Aún estudiar
más que ahora? no lo digas;
¡son pocas nuestras fatigas
para otra nueva esperar!
MIGUEL. Nada importa, ¿es necesario
esto más? pues fuera bobos.
ÁNGEL. Gramática, cuentas, globos,
y mapas; ¡es un calvario!
(*Riendo.*) ¡Cómo marean los mapas!
MIGUEL. Sí; cuando pasas los mares.
ÁNGEL. Pues de mareo y pesares
creo que tú no te escapas.
MIGUEL. Escaparme, ¡ya lo creo!
Ayer de don Bruno en pos
por esos mundos de Dios
¡no me di yo mal paseo!
Andaba y me hizo correr,
pasamos montes y sierras,
mares, ríos, y más tierras
que debe en el mundo haber.
ÁNGEL. ¿Y sin dar un tropezón?
MIGUEL. Si memoria no es ligera...
ÁNGEL. (*Riendo.*) ¿Te avisa, eh?

MIGUEL.

Friolera,

con un fuerte coscorrón.
Y la historia, ¡pues no es nada!
ya puedes serio pensar
y echarte sin vacilar
de unos siglos la jornada.
De la primitiva grey
di los nombres sin tardanza;
pasa razas, siempre avanza,
pon y quita, pero en ley.
Llega al fin a nuestra España,
que los fenicios aprietan,
celtas y galos sujetan
y la disputan con saña.
Con intentos poco sanos,
vienen los cartagineses,
¡qué luchas y qué reveses
para echarles los romanos!
¿Éste aquí?—pues tú conmigo—
¡y palos de todos modos!
Al fin, nos mandan los godos,
que acaban con don Rodrigo.
Y bárbaros nos vinieron
del África... y se marcharon;
más bárbaros arribaron...
¡y nunca todos se fueron!
¿Qué se saca en conclusión,
de tanto y tanto Belén?

ÁNGEL.

Que sabiendo siempre bien
y sin puntos la lección,
con nuestros padres ganamos,
nos quieren los preceptores
y somos merecedores
del placer que disfrutamos.

MARTÍN.

¿Ves si salimos ganando?

MIGUEL.

Pues tú ya pierdes alguna.

JOSÉ.

Bien corre y brinca, y ninguna
lección sabe bien Armando.

MIGUEL.

Hoy mismo en clase no entró.

JOSÉ.

Tiene el padre alcalde, claro.

- MARTÍN. Es muy malo ¡qué descaro
¡qué cachete!
- JOSÉ. Bien se oyó.
- MIGUEL. ¡Mi pelota! ya la hallé;
cuando llegó aquí el maestro,
con disimulo y muy diestro
hacia allí la encaminé,
y mírala.
- JOSÉ. Vaya, un poco
juguemos.
- MIGUEL. (*Mirando con recelo a la escuela.*)
Si nos veía...
- JOSÉ. ¡Ca! si está enfermo; este día
es nuestro... Yo me coloco
aquí.
- MIGUEL. ¿No es mejor la playa?
- JOSÉ. No; anda, no seas cobarde.
- MIGUEL. Veremos pues si esta tarde...
- JOSÉ. (*Riendo.*) Sermón y palmetas. ¡Vaya!
(*Esto último dicho con impaciencia al ver
que no le tira la pelota Miguel.*)
- ÁNGEL. (*Á Miguel.*) ¿Vamos a mi casa? ¿quieres?
el patio es grande y allí
no molestaremos.
- MIGUEL. Sí;
vámonos si lo prefieres.
- ÁNGEL. (*Al observar que todos hacen ademán de
irse, les dice con seriedad.*)
¿Olvidasteis que el maestro
nos suele siempre decir
que recemos al salir
a Jesús un padrenuestro?
- MIGUEL. Es verdad.
- ÁNGEL. La obligación
primero... el juego después.
- JOSÉ. Tienes razón.
- ÁNGEL. A sus pies
cual siempre, y con devoción.
(*Todos se arrodillan, Martín queda el úl-
timo, de modo que es el único que ad-
vierte cuando Armando llega.*)

ESCENA IX

Dichos, ARMANDO

ARMANDO. ¿Qué hacen?... ¿rezar? ¡brava cosa!
porque el maestro lo manda...

*(Al fijarse en que la lámpara arde, dice
con ira.)*

Pues ya la encendieron ¡anda!
eso aquella fastidiosa...

MARTÍN. *(Se aproxima a él diciéndole en voz baja.)*

Ven y también rezarás.

ARMANDO. *(También bajo.)* ¡Cállate!

MARTÍN. *(Volviéndose a arrodillar)* ¿Rezar no quieres?

Ya llorarás si te mueres
siendo malo.

ARMANDO. *(Amenazándole.)* ¿Callarás?

(Aparte.) Tengo buena puntería
y voy a hacerles correr.

¡De hinojos! ¿podráse ver
que ésta, mayor tontería?

A ver si apagar la luz
con esta pelota acierto.

*(Tira la pelota, pero en vez de pegar en
la lámpara, da con ella en la cruz; al
verlo no se inmuta y sólo hace un gesto
demostrando la contrariedad que ha su-
frido,)*

¡Se desvió! y ahora advierto
que di con ella en la cruz.

*(Los niños se ponen de pie con presteza,
y al ver a Armando, que les observa
riendo, y comprendiendo que es él quien
tiró la pelota, retroceden horrorizados;
éste quiere ir hacia ellos, pero lanzando
un grito se cubre el rostro con las ma-
nos; todos corren a él y le rodean.)*

ARMANDO. ¿Qué es esto?... ¡Qué oscuridad!

MIGUEL. ¿Qué te pasa?

ARMANDO. ¡Cielo santo!

¡Luz!... ¡luz! ¡Por favor! ¡Me espanto!

ÁNGEL. ¿Pero, qué es?

ARMANDO. ¡Tened piedad!

(*Anda con vacilantes pasos y los brazos extendidos gritando con suprema angustia.*)

¡Padre! Este dolor impío
calma.

ESCEEA X

Dichos, D. PABLO que sale de su casa

D. PABLO. ¿Qué pasa?

MIGUEL. No sé.

ARMANDO. ¡A Jesucristo insulté!

D. PABLO. (*Preguntándole con temor.*) Y tú...

ARMANDO. ¡No veo!

D. PABLO. (*Abrazándole.*) ¡Hijo mío!

ESCENA XI

Dichos, D. AUGUSTO

D. AUGUS. ¿Qué es esto?

D. PABLO. ¡Castigo horrendo,
ciego mi hijo!

D. AUGUS. ¿Es posible?

ÁNGEL. ¿Ciego? parece increíble.

JOSÉ. (*A Miguel.*) Di, ¿qué dicen?

MIGUEL. No lo entiendo.

D. PABLO. ¿No ves, hijo mío?

ARMANDO. ¡No!

¡Más negras sombras avanzan!

(*Con desesperación.*)

¿Dónde estáis que no os alcanzan
mis trémulos brazos?

- D. PABLO. (*Volviéndole a abrazar.*) ¡Oh!
En estos, sostén tendrás
mientras aliente mi vida.
- ARMANDO. (*Llorando.*) ¡Ay, esa luz extinguida
de mis ojos!... ¡no ver más!

ESCENA XII

Los mismos, PERICO que llega corriendo muy alegre, lleva el mismo cesto

- PERICO. Por llegar pronto corrí
como si me persiguieran.
Don Pablo, ¿dijo usted fueran
hermosas? ya están aquí.
(*Aparte.*) ¿Eh? ¿Qué será? ¡Santa Marta!
¿Se llora de regocijo?
- D. PABLO. Siempre aquí en mis brazos, hijo.
- PERICO. (*Tocando ligeramente en el hombro a don Pablo.*)
Son las cerezas.
- D. PABLO. (*Rechazándole con enojo.*) ¡Aparta!
- PERICO. (*Pegándose un golpe en la frente.*)
¡Ah!... Ya he caído; ya sé,
ganó un premio y lloriquea.
(*Aproximándose otra vez muy satisfecho.*)
Pues yo me alegro. Que sea
la enhorabuena.
- D. PABLO. ¿De qué?
- PERICO. Del contento de los dos,
pues si Armando fué premiado...
- D. PABLO. ¡Oh! sí, buen premio le ha dado,
por sus travesuras, Dios.
- PERICO. (*Mira a todos con extrañeza y encogiéndose de hombros deja la cesta en el suelo sentándose encima de ella.*)
Pues señor, lloran con alma,
esto es más bien desconsuelo,
¡ah! dejémosla en el suelo,
que el hecho requiere calma.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, D. BRUNO que sale de la escuela

D. BRUNO. ¿Qué sucede?

D. PABLO. ¿Qué ha de ser?

Mi hijo ciego en un momento.

D. BRUNO. ¡Gran Dios!

PERICO. (*Pegando un salto.*) ¡Ciego!

D. AUGUS. ¡Qué tormento
y desconsuelo!

D. PABLO. ¿Qué hacer?

D. AUGUS. Inmenso es ese dolor.

PERICO. ¡Pobre!

D. BRUNO. (*A los niños.*) Rogad sin tardanza.

Cuando un ángel su voz alza
benigno la oye el Señor.

(*Todos se descubren, los niños de hinojos
cantan.*)

CORO

Jesús, luz de los cielos,
que en cruz estás clavado,
de aqueste desgraciado
conmuévate el dolor;
haz que vean sus ojos
la clara luz del día,
y esta súplica mía
atiéndela, Señor.

(*Armando da algunos pasos, su padre y
D. Augusto pretenden calmar su desesperación. Perico mira sucesivamente a
todos, yendo por fin a arrodillarse junto
a los niños.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

D. BRUNO, PERICO

- PERICO. ¿Y Armando?
- D. BRUNO. Sigue sin ver.
- PERICO. ¡Malo! Que vaya con bromas
al Señor de cielo y tierra,
del Universo y la gloria.
A Dios como a Dios se trata,
nunca como a las personas.
- D. BRUNO. Tienes razón. Tú te expresas
mal; pero no la forma,
el fondo es lo que yo quiero,
y el tuyo bondad pregona.
- PERICO. ¡Já! ¡já! ¿con que usted penetra...
y sabe?... ¡pues esta es otra!
Ya dicen todos que usted
tiene aquí (*Tocándose la frente*) metidas todas
las letras y sabe más...
mucho más que otros ignoran.
Yo también sé algo.
- D. BRUNO. Lo creo

- PERICO. Digo como una cotorra
el catecismo y las fábulas
de Samaniego ¡qué hermosas!
¿Pero es posible que haya
quién se crea tales cosas?...
- D. BRUNO. ¿Que no?
- PERICO. Pues qué ¿usted las cree?
En castellano allí todas
las alimañas del mundo
arman una jerigonza,
y dicen unas verdades...
- D. BRUNO. ¿Sí?
- PERICO. Como el puño de gordas.
¡Pero hablar los animales!
- D. BRUNO. ¿No crees?...
- PERICO. ¡Quiá! A mí con bromas...
- D. BRUNO. Ya veo que eres muy listo.
- PERICO. El inventor de la pólvora
me dice mi abuelo.
- D. BRUNO. ¿Sí?
- ¿Y tu tío?
- PERICO. Ese, idiota.
- D. BRUNO. Pues te adula.
- PERICO. Ya lo creo.
¿Qué sería de él ahora
sin mí? ya me necesita.
- D. BRUNO. (*Aparte.*) Para maldita la cosa.
- PERICO. Está enfermo, ya ve usted,
como es cartero, yo toda
la correspondencia llevo
donde los sobres pregonan.
- D. BRUNO. ¡Ay! alguna perderás.
- PERICO. No señor, que las doy todas,
cuando llego a casa ya
ni me faltan ni me sobran.
- D. BRUNO. Extraño que te consientan...
- PERICO. Dice tío que congoja
le da verme con las cartas,
pero al volver bien me toma
el dinero que le llevo.

¡Jé! ¡jé! a veces se incomoda
diciendo que le hago sisa;

(*Haciendo una cruz con los dedos y después señalando al Cristo.*)

pero, por ésta, y esa otra
que no piensa la verdad,
¿robar yo? ni una bellota.

D. BRUNO. Lástima que no se pueda
sacar de ahí alguna cosa,
porque honrado bien lo eres.

PERICO. ¿Sacar? que entre es lo que importa.

D. BRUNO. ¿Y qué ha de entrarte, bellaco?

PERICO. ¿El qué ha de entrarme? la solfa.

D. BRUNO. ¿De nota aprendes?

PERICO. Pues, no;
ya estoy en la lección nona;
¡si echo cada berrido!...

D. BRUNO. ¿El vecindario alborotas?

PERICO. Una me dice: —Perico,
por Dios ten misericordia,
que tengo el marido enfermo
y al pobre esto le incomoda.
La otra: —¡calla, diablo!
y el que la lección me toma,
tapándose los oídos:
«¡ay qué voz tan espantosa!
más bajo, más bajo, Pedro,
desafinas en las notas,
porque siempre te parece
que si agudas no las tomas
vas mal... Más bajo, más bajo,
digo». —¡Hum! ¡qué parsimonia!
Si no han de oír ¿para qué
queremos las semicorchas?

D. BRUNO. Vaya, chico, que a tu abuelo
como es tan viejo le embroman;
gastar el tiempo y dinero...
Y cuando aprendas la solfa
cual tú deseas, ¿qué harás?

PERICO. ¿Pues, qué he de hacer? poca cosa,

ir a un teatro a cantar
como ese que tanto nombran;
ganar millones de duros,
tener una casa hermosa,
gastar levita y chistera,
y a mi abuelo, que se emboba
oyéndome, decir:—Tome
usted esta llena bolsa,
gaste cuanto quiera y pueda
sin mirar que no le sobra,
porque quien una vez llena
podrá llenar muchas otras.
Ya llegan los diablillos.

D. BRUNO. ¿Les temes?

PERICO. Me voy, que es hora
ya de repartir las cartas,
si no mi tío ¡uy, qué soba!

ESCENA II

D. BRUNO y los niños; menos Angel y Armando; al cruzarse con
PERICO le acarician con demasiada solitud.

JOSÉ. Perico ¿dónde vas?

PERICO. Basta.

Dejadme estar. Ten cuidado.

MIGUEL. ¿Parece estás enfadado?

PERICO. Todos son de mala casta.

Os pegaré.

MARTÍN. No sabrás...

PERICO. ¿Me dejaréis? Si me amosco...

MARTÍN. Me has hecho daño. ¡Qué toscos!

PERICO. (*Huyendo de los niños.*)

Otra vez las pagarás.

TODOS. (*Al maestro*) Buenos días.

D. BRUNO. Dios los dé.

¿Dónde tan temprano vais?

JOSÉ. Vamos...

D. BRUNO. Sí, ¿por qué calláis?

- MARTÍN. Porque no se enfade usté.
D. BRUNO. ¿Enfadarme? si hay razón.
JOSÉ. Pues, a ver a Armando vamos;
como hoy libres nos hallamos.
MARTÍN. Es domingo.
MIGUEL. Es ocasión.
D. BRUNO. Si tal, si tal; pero ahora
es temprano.
MIGUEL. Volveremos.
JOSÉ. Como todos le queremos
y dicen que siempre llora.
D. BRUNO. No ha de llorar...
MIGUEL. ¡Pobrecito!
D. BRUNO. A Dios insultó y ya ves,
fué justo castigo, pues
era muy grande el delito.
Mas me place ese cuidado,
pues compasivos os quiero.
Pedid al Dios justiciero
piedad para el desgraciado.
MIGUEL. Aunque disculpa no hay tanta
que nuestra demanda abone,
ya rogamos le perdone
el Señor su grande falta.
D. BRUNO. Creo en la sinceridad
vuestra. (*Aparte*) Exenta de aliños
de los labios de los niños
suele oirse la verdad.
(*Alto*) Siempre deseo escucharos
como ahora; en recompensa
quiero ver si en la despensa
habrá con qué agasajaros.
Todos venios conmigo.
JOSÉ. ¿Qué nos dará?
MIGUEL. ¿Quién lo sabe?
MARTÍN. Mucho en la despensa cabe.
D. BRUNO. ¿Dónde está Martín?
MARTÍN. Ya sigo.
JOSÉ. (*A Miguel*) ¿Oiste?
MIGUEL. ¿Qué?

JOSÉ.

Pareció

que oía hacia allí gritar.

MIGUEL.

También yo creí escuchar algo; pero ya cesó.

ESCENA III

PERICO llega deprisa haciendo demostraciones de cómico pesar y hablando como si alguien le siguiera. Cuando el diálogo lo indique el INSPECTOR

PERICO.

Ya lo verá como es cierto,
que don Pablo me lo dijo
que fuera a cogerlas.

(Volviéndose y admirado al ver que nadie le sigue.)

¡Calla!

Yo que estaba tan creído
que el guarda me iba siguiendo.

(Suspirando.) ¡Pues, señor, no armó mal lío!

Y si mi abuelo le escucha...

si el otro le presta oídos...

ya verán cómo entre todos

ponen al pobre Perico.

Tan alegre que yo estaba,

y en un momento se ha ido

la dicha y en su lugar

me dejó... ¡ay! si no atino

a entrar... buen genio tendrá

con lo que pasó a su hijo,

¡qué ha de querer escucharme!

¡Socórreme, Santo Cristo!

INSPECT.

¿Qué te sucede muchacho?

PERICO.

¿Eh? ¿quién es? yo nunca he visto a este señor.

INSPECT.

¿No respondes?

Pides al Señor auxilio,

luego, grande es el pesar

que te apena.

PERICO.

Sí, grandísimo.

INSPECT. Algún trabajo quizás.
PERICO. Ya lo creo; encontré ahí mismo
el guarda, y con voz de trueno,
furioso, hecho un basilisco,
me ha cogido, me ha sobado,
y no sé lo que me ha dicho.

INSPECT. ¿Pero, qué hiciste tú?

PERICO. Nada.

Me mandó ayer tempranito
don Pablo, que le cogiera
cerezas, y yo muy listo
me fuí, las cojo y las traigo;
aquí estaban los chiquillos
que iban a entrar a la escuela
y... en fin, que las repartimos.
¿Y dígame usted, después
como presento vacío
el cesto? me fuí corriendo,
llego... entro... zás, de un brinco
subo al cerezal y cojo
aquí y allí, lleno, y pillo
el camino del lugar;
y ahora el muy... pues, no me ha dicho
que dejé árboles y plantas
hecho todo un estropicio.

INSPECT. ¿Te vió?

PERICO. ¡Cá! se lo pensó,
que, la verdad, es muy listo;
dice que a mí me conoce
porque soy el más borrico,
que siento fuerte los pies
y por donde voy no miro,
que ayer rompí yo seis ramas,
y no es verdad, fueron cinco.

INSPECT. No se equivocó de mucho.

PERICO. Tienen la culpa esos bichos,
que de no haberme obligado
con tanto halago y tal mimo
a darles yo las cerezas,
no me viera en estos líos.

Lo más grave es que ahora el guarda
dice que yo me he metido
en el huerto a hurtar cerezas
sin ser mandado... ¡hase visto!
¡tratarme a mí de ladrón!

INSPECT. Ya se sabrá que tú has sido
mandado. (*Aparte.*) A preguntarle
voy, a ver si algo consigo.

PERICO. (*Alto.*) Dime ¿vive aquí el alcalde?
¿Pues para qué yo he venido
sino para hablar con él?
y recordarle que él quiso
fuera yo...

INSPECT. (*Interrumpiéndole.*)
¡Basta! ¿Tú sabes
si aún está un señor, que vino
ayer tarde, y se hospedó
en su casa?

PERICO. Aún no se ha ido;
le vi hace poco en la puerta,
y mirándose a ese Cristo
se pasó un cuarto de hora;
después se metió mohino
otra vez en esa casa,
en donde ahora está de fijo.

INSPECT. Pues entonces tú te vas,
que yo gustoso me obligo
a hablarle por tí al alcalde.

PERICO. ¿Usted?... si nunca me ha visto;
ni sabe usted quién soy yo,
ni yo de donde usted vino.

INSPECT. No importa. ¿Cómo te llamas?

PERICO. Pues, yo me llamo Perico
Retecuesta y Subemonte.

INSPECT. Raros son los apellidos.

PERICO. Y para servir a Dios,
y después a mi abuelito,
a mi tío, a usted y a todos
que a todos a veces sirvo.

INSPECT. Anda, y no temas a nadie

- PERICO. ¿Pero qué diré a mi tío
si duda?
- INSPECT. Que aquí se venga.
- PERICO. ¿Y usted?... ¡Que viva mil siglos!
- INSPECT. ¡Bárbaro! ¿para qué tantos?
- PERICO. Para que haga beneficios. (Vase.)

ESCENA IV

INSPECTOR

Bien; veremos al alcalde,
a ese que da hospitalaria
acogida a todo el que
llega a su puerta en demanda
de albergue; yo de retorno
digo esto, pues su cara
tan sólo una vez he visto;
pero sé que se le ama.
Mas el huésped...

(Va a entrar en la casa, pero se detiene.)

Tente, Pedro,

si algún lazo les ligara...
si son queridos amigos...
(Pausa.) No; no espantemos la caza.
Iba a entrar, mas no es prudente,
aún no tengo preparada
la gente. Desde que entró
en territorio de España
que voy siguiendo sus huellas
y esta ocupación me cansa.
Por sospechas de asesino
se le observa, ¡pues no es nada!
y no sé por qué quisiera
no fuera cierta esa infamia.
En fin, saldremos de dudas,
si la inocencia le ampara
me alegraré, si es culpable
de la ley al fallo caiga. (Vase.)

ESCENA V

Los niños, que salen de la escuela

- JOSÉ. Ya ves si es bueno el maestro.
MARTÍN. Si nos da, más lo demuestra.
JOSÉ. Muy cariñoso, decía:
—el bien halla recompensa.—
MARTÍN. Yo creo tiene razón
y casi diré que acierta;
el que es malo, como Armando,
merece castigo.
MIGUEL. Deja
esa cuestión, que es muy corta
aún nuestra inteligencia
para hablar de cosas graves,
y aquel que murmura yerra.
Procuremos ser nosotros
buenos, las faltas ajenas
no las miremos y sólo
la virtud, siempre serena,
de la caridad y la fe,
penetre en nuestra conciencia.
JOSÉ. Sigue, ¡pareces un hombre!
¡qué bien ahora te expresas!
Cómo te dió más rosquillas
a tí el maestro, y son buenas,
te pusieron esa boca
buena para verter perlas.
MIGUEL. Así podrá parecerte,
pero mira, ves, no aciertas;
las que me dió, todas, todas
están aquí, y no te creas
que no me gustan; mas hay
una pobrecilla enferma
muy cerquita de mi casa,
y ya verás qué contenta
se pondrá. ¿Qué, tú no das
a los pobres la merienda?

- JOSÉ. Dar la merienda, eso no,
pues mucho más que tuviera...
- MARTÍN. Mi madre da cada día
a los pobres pan y leña.
- MIGUEL. Allí va Perico.
- JOSÉ. Sí.
Mira qué grande cartera
lleva colgada a la espalda
como si fuera a la escuela.
- MIGUEL. Ya nos ha visto y se marcha.
- JOSÉ. A darle una soba buena.
- MIGUEL. ¿Pero y Armando?
- JOSÉ. Después,
ya entraremos a la vuelta.

ESCENA VI

ARMANDO que sale de su casa

No sé mis pasos guiar
¡qué desventura! ¡qué dolo!
¿Nadie me oye? ¿Estaré solo?
Quise el aire respirar:
mi padre no me dejaba,
pero yo hasta aquí llegué.
¿me vió salir?... no lo sé,
creo que ocupado estaba.
¿Estoy en el patio?... no,
el aire puro respiro;
¿pero luz? ¡ya no la miro!
¡ya para mí se extinguió!
No veré la luz radiante
de ese sol que tanto se ama,
no me quemará su llama
los ojos, sólo el semblante.
¡Sin saber lo que era llanto,
ni esta horrible lóbreguez,
aquí, y allí, cuanta vez
he gozado tanto, tanto!

(*Pequeña pausa.*) Ya pagaré con usura
aquellos goces prolijos,
porque estos duelos son hijos
de mi maldad y travesura.

Que fui muy malo, es verdad,
revoltoso, antojadizo;
¡y cuánto mi ingenio hizo
por cumplir su voluntad!

(*Pequeña pausa. Vase animando con la ligereza propia de la edad, llegando a recitar los versos casi gozoso.*)

Perseguí a la mariposa
de matizados colores,
que miraba entre las flores
revolotear gozosa;
cogerla yo pretendía
con intención algo mala,
pero ella, haciendo gala
de su ligereza, huía.
Yo, corriendo de ella en pos
por la florida pradera,
ella, poniendo ligera
gran distancia entre los dos,
Dejando inútil empresa,
después de correr sin tino,
emprendía otro camino
siempre ávido de sorpresa.
Y del bosque en la espesura
oía el dulce trinar
del pájaro que volar
también aprender procura,
pero que en nido elevado
siempre mira con recelo
emprender el primer vuelo
temiendo ser desgraciado.
Como diéranme ocasión,
tras de trabajo y excesos,
míos eran... siempre a esos
dábales muerte o prisión..
Aún no cansado, afanoso

de más placer y jugar,
corría del ancho mar
la playa siempre gozoso.
Feliz mis ojos miraban
como, envueltas en la bruma,
cortando la blanca espuma,
bellas naves avanzaban
en su tope enarboladas
las vistosas banderolas,
extranjeras o españolas,
siempre al viento desplegadas.
Y tanta frágil barquilla
de blanca e hinchada vela,
que en el mar brillante estela
dejaba al hundir su quilla.
Cual bandada de gaviotas,
juntas marchaban ligeras
en busca de las pesqueras
allá en las aguas remotas.
Mientras, por costumbre vieja
tiñendo el cielo de grana,
nos decía el sol: —mañana
volveré, no forméis queja.—
Y en el ancho mar se hundía
ínterin natura entera
con voz dulce y placentera:
—adiós, nuestro rey—decía.
Y en medio de tanta gala,
de perspectiva tan bella,
aparecía la estrella
que el crepúsculo señala.
¡Qué alegría!... ¡Qué placer!
¡Cuánta hermosura admirar!
Y aún después a buscar
a mis amigos... ¿qué hacer?
¡Con cuánta grata alegría
con ellos siempre jugaba!
con qué furia le pegaba
si alguno lo merecía.
(*Con fuego*). Era de mando mi grito,

y mi voluntad su ley,
entre ellos fui siempre el rey.
(*Transacción brusca*).
Ahora... ¡un pobre ciegucecito!
(*Cúbrese el rostro con las maos y llora*).

ESCENA VII

ARMANDO y ÁNGEL

- ANGEL. ¡Armando!
ARMANDO. (*Retrocediendo*). ¡Ángel!
ANGEL. (*Conmovido*). ¡Llorar!
ARMANDO. (*Juntando las manos y en tono suplicante*).
¡No me pegues!
ANGEL. (*Más conmovido y aproximándose a Arman-*
¡Qué locura! [*do*].
¿Pegarte?... ¿tu desventura
crees no me hace penar?
¿Imaginarte has podido
que conservando rencores
para aumentar tus dolores
llegué hasta ti?
ARMANDO. (*Con timidez*). Yo he creído...
ANGEL. (*Con mucho cariño*).
De mi cariño el exceso
desea un abrazo darte,
(*Abrazádoie*) y en tu mejilla dejarte,
en prueba de amor, un beso.
(*Le da un cariñoso beso*).
ARMANDO. (*Muy conmovido*). Eres muy bueno y leal;
yo, malo.
ANGEL. (*Aún conmovido, pero sonriendo*). ¡Qué ton-
Antes también te quería. [*tería*]
ARMANDO. Pagabas con bien el mal.
ANGEL. Escúchame; están muy bellas
las ondas del mar, rizadas
y cual nunca sosegadas:
¿vamos a jugar con ellas?

Tú sentadito en la arena
oirás cual llegan gozosas,
yo... te traeré mil cosas.
(Cogiéndole las manos y mirándole al rostro)
¿Verdad que no sientes pena?

ARMANDO. (Sonriéndose) No.

ANGEL. Vamos, pues.

ARMANDO. (Más animado) Preveo
que te he de causar enojos,
abiertos están mis ojos
y sin embargo, no veo:
¿Cómo andaré?

ANGEL. Fácilmente;
aquí en mi brazo apoyado.
Vamos, anda sin cuidado.

ARMANDO. Ahora ya seré obediente.

ESCENA VIII

D. PABLO que sale de su casa, y al ver a ARMANDO da un paso como para ir en su busca, pero deteniéndose dice con desaliento

Ahí va, con Angel se aleja,
tranquilo, mas no dichoso;
el pesar ya no le deja:
en vez de canto gozoso
sólo oiré doliente queja.

—
Yo que miré resignado
cual llevaba los despojos
de mi dicha el viento airado,
al mirar de mi hijo amado
muerta la luz de sus ojos,

—
Sentí tan gran desaliento,
y tan intensa amargura,
que mirando al firmamento
blasfemó mi pensamiento
en momento de locura.

—

Después la razón tornó,
cesó el loco desvarío,
¡fué que Dios le castigó!
¿pero por siempre?... eso no,
¡No!... ¡Perdónale, Dios mío!

Dios, a quien busca mi anhelo,
que eres de los astros luz,
del hombre infeliz consuelo,
Tú, que bajaste del cielo
para morir en la cruz;

Con incansable porfía
tu excelso favor reclamo
en aquesta pena impía,
¡haz que el hijo que tanto amo
pueda ver la luz del día!

ESCENA IX

D. PABLO, D. AUGUSTO, que sale de casa de D. PABLO

D. AUGUS. ¡D. Pablo!

D. PABLO. En fatal momento
de mi casa los umbrales
pisó usted... ¡hay dolores tales...!

D. AUGUS. Los que yo en el alma siento.
Pero la resignación
también, D. Pablo, es precisa.

D. PABLO. Sí, mas no entra tan deprisa
de un padre en el corazón.
El tiempo quizás consiga
aminorar este duelo;
ahora, que obro mal recelo
siempre que ante usted diga
lo que dentro de aquí pasa; *(El corazón.)*
mi deber es acallar
el dolor, y agasajar
al que es huésped en mi casa.

- D. AUGUS. ¿Agasajarme? ¿y por qué?
¡De cuánto le soy deudor!
¿De qué soy merecedor
si ni aún me conoce usted?
Ayer el labio imprudente
habló...
- D. PABLO. El mío también.
- D. AUGUS. Quise aclarar...
- D. PABLO. (*Interrumpiéndole*). E hice bien
en no ser su confidente.
Que es usted honrado no hay duda,
del crimen los tintes rojos
se ven.
- D. AUGUS. ¿En dónde?
- D. PABLO. En los ojos,
en los que nada se esconda;
ellos saben delatar
la maldad que el alma encierra.
- D. AUGUS. A veces.
- D. PABLO. (*Con intención*). ¿Ahora yerra
mi opinión?
- D. AUGUS. (*Alzando la cabeza con altivez*).
Supo acertar.
- D. PABLO. En tal creencia ofrecí
a usted mi amistad sin tasa,
y al mismo tiempo mi casa
donde gozoso le vi.
- D. AUGUS. Con gratitud no fingida
acepté su ofrecimiento,
y ahora, antes que el momento
se acerque de mi partida,
voy a pedirle un favor
que agregue a los ya otorgados.
- D. PABLO. Si existen son olvidados,
pídame usted sin temor.
- D. AUGUS. Pues bien, pedirle quisiera,
pues tan amable se muestra,
que al nacer la amistad nuestra,
quién soy y quién fuí supiera;
y al mismo tiempo quizás

cumpliendo yo este deber,
pudiera de usted obtener
un consejo... y algo más;
pues teniendo algún pariente
en Arenys, o algún amigo,
lo que alcanzar no consigo
pudiera usted fácilmente.

D. PABLO. No comprendo.

D. AUGUS. En vano aguardo
la misiva que le dije,
no llega y esto me aflige.

D. PABLO. Entonces en saber tardo,
pues le tengo en gran estima.
Pero entremos...

D. AUGUS. No, que trato
sea breve mi relato
y nadie aquí se aproxima.

D. PABLO. (*Aparte*). Ejerce tal influencia...

D. AUGUS. (*Breve pausa*).
Nací de padres muy buenos,
y siempre miré serenos
los días de su existencia.
Cuando veinte años tenía,
edad venturosa, bella,
que sólo se piensa en ella
en el goce y alegría,
corría yo sin temores
siendo siempre al duelo extraño,
que nos causa un desengaño
por ancha senda de flores.
Mas una noche...

D. PABLO. (*Agitado y aparte*) ¿Qué cuenta?

D. AUGUS. En que el cielo encapotado
y oyéndose el trueno airado
precursor de la tormenta,
con mi caballo ligero
venía yo presuroso
de pasar un delicioso
rato con un compañero.

(*D. Pablo pretende dominar su agitación.*)

interín D. Augusto sigue su relato dominado por la emoción).

Del rayo la luz fugaz
me hizo ver junto a la ermita
donde la imagen bendita
del Cristo existe, la faz
de dos hombres: conocí
la del uno solamente,
al tiempo que un estridente
grito de congoja oí.
Castigando a mi corcel
llegué donde el grito oyera,
y ya a la luz pasajera
de otro relámpago, aquel
que conocí con presteza
miré que en el suelo estaba.

D. PABLO. *(Sin poderse contener).* ¿Y el otro?

D. AUGUS. Ya se alejaba

con astucia y ligereza.

¡Juan! le dije.

D. PABLO. ¡Juan! ¡Gran Dios!

D. AUGUS. ¿Qué tiene usted?

D. PABLO. Adelante.

D. AUGUS. Se le demuda el semblante...

D. PABLO. Prosiga usted.

D. AUGUS. Allí los dos...

D. PABLO. ¡Oh! ¡al matador dejarle
que huyera!

D. AUGUS. En él no pensé:
a un hombre exánime hallé
y no quise abandonarle;
toqué su herida... un puñal...

D. PABLO. *(Interrumpiéndole agitado).*

Sí, sí; en su pecho clavado.

D. AUGUS. Yo lo arranqué.

D. PABLO. ¡Desgraciado!

D. AUGUS. Y me herí.

D. PABLO. ¡Suerte fatal!

D. AUGUS. Fatal, sí. Apenas mi mano
sintió el dolor de la herida,

me fué con fuerza cogida,
y—date preso, paisano,—
oí con voz imperiosa
que a mi lado proferían,
mientras con más fuerza asían
mi brazo.

D. PABLO.

¡Noche horrorosa!

D. AUGUS.

Tres guardas junto a mi estaban,
al asesino creyeron
tener, y se complacieron
en mi mal... ¡cómo gozaban!

D. PABLO.

Al intentar usté hablar...

D. AUGUS.

No soy—dije—yo no he sido;—

¡pero me encontraba herido
y otro próximo a espirar!
De horror y miedo temblé,
hice un esfuerzo violento,
y con poderoso acento
al herido interrogué,
—¡Juan! ¡Juan! ¡me culpan a mí!
¿verdad que era otro?—No—
dijo el herido,—¿pues yo
seré quién te mata?—Sí.
¿Yo matarte? ¡Cielo santo!
Próximo a morir te hallas
¿responde? ¿por qué ahora callas?
¿por qué así aumentas mi espanto?
—Ya lo dijo, ¿por qué más?
rugieron con ronca voz,
y con un sarcasmo atroz
aquellos hombres...— Jamás
repetirás que esto es cierto;
¡responde de Dios en nombre!
grité agitando a aquel hombre (*Con desalien-*
o mejor dicho... ¡aquel muerto! [*to.*])

D. PABLO.

¡Qué desdicha!

D. AUGUS.

Su memoria
aún me atormenta y espanta,
¡aún de odio la voz levanta
aquí esa fatal historia!

(*Breve pausa*). Los míos jamás creyeron
de mí tanta felonía,
mas la justicia decía
que era verdad, y me prendieron.
La causa rápido curso
siguió... y como otra cosa

(*Con amarga ironía*).

para ser más luminosa
pidió del muerto el concurso.
Aquel—No—fatal y aquel
—Sí—que yo aterrado oyera,
fué la leña que a la hoguera
echó mi suerte cruel.
Sentenció a muerte que humilla
en patíbulo afrentoso...

(*Con fuego*). ¡Un borrón ignominioso
sobre un nombre sin mancilla!

Antes que se consumara
de injusticia el acto fiero,
no sé, ni saberlo quiero,
quién la fuga me obligara.
En los Estados Unidos
he estado años sin cuento,
sin olvidar ni un momento
aquellos seres queridos,
que sin merecer reproche
la acción mía, dióles duelo
ya para siempre ese cielo
desde aquella horrible noche.
Mis padres sólo en la muerte
hallaron la ansiada calma,
¡ay! y mi hermano del alma...

D. PABLO. ¿Qué fué?...

D. AUGUS. No sé de su suerte.

Era más joven, quedó
de unos tíos al cuidado:
pero supe que aперado
y desesperado huyó.

D. PABLO. (*Sin poderse contener más*).
Huyó, sí, siempre en su oído

oía horrible anatema,
ese que hiela y que quema
al hombre que es bien nacido.
Buscó en otra tierra amiga
olvido de su tormento
y quiere con ese intento
que ni su nombre se diga.
Borrar quiso... pero en vano...

D. AUGUS. En vano... no se habla así
sin ser... ¡Oh! ¿Quién eres, di?

D. PABLO. ¡Pues quién he de ser... tu hermano!

D. AUGUS. (*Precipitándose en sus brazos*).
¡Paulino!

D. PABLO. ¡Augusto! Jamás
te olvidé.

D. AUGUS. Yo a ti tampoco.

D. PABLO. Te conocí hace poco,
y dije—a ver si sabrás
callar, corazón, aguarda.
Es mi hermano...

D. AUGUS. (*Volviéndole a abrazar*). ¡Mi Paulino!

D. PABLO. ¡Pobre Augusto!

D. AUGUS. ¡Dios divino!

D. PABLO. Mas ¿quién puede, quién retarda
la dicha de darle ansioso
este abrazo?

D. AUGUS. Dicha cierta,
que yo ya creía muerta.

D. PABLO. ¡Oh! ¡momento venturoso!
¿Cómo llegaste hasta aquí?

D. AUGUS. Recibí una carta extraña,
quizás alguna patraña
pero que yo bien creí;
sin saber quien la escribía,
pues firmábase—un testigo
que te quiere y es tu amigo—
esa carta concluía.

En ella, con convicción
de que el bien podía darme,
se esfuerza en aconsejarme

cruzara sin dilación
el mar; de este pueblo al fiel
alcalde que le pidiera
una carta que dijera,
aunque el sobre para él,
debía ser entregada
a Agustín Ene.

- D. PABLO. No hay duda,
alguien viene en nuestra ayuda.
D. AUGUS. Mas la carta no es llegada.

ESCENA X

Dichos, el INSPECTOR

INSPECT. (*Saludando, y dirigiéndose a D. Pablo*).
Le ruego a usted me dispense.
Este señor...

D. PABLO. Es mi hermano.

INSPECT. Lo siento, señor alcalde.

D. PABLO. ¿Por qué?

INSPECT. Psts... por el mal rato
que le daré, pues que preso
por la ley he de llevarlo.

D. PABLO. ¿El motivo?

D. AUGUS. (*Aparte*). ¡Dios del cielo!
si alguno me habrá espiado.

INSPECT. (*Mirando a don Augusto*).
El motivo lo sabrá,
y bien debe recelarlo.

D. PABLO. ¿Quién, mi hermano?

INSPECT. Don Augusto
Rocafull, si no me engaño.

D. AUGUS. (*Con prontitud y altivez*).
Ese es mi nombre.

D. PABLO. ¿Qué has dicho?

D. AUGUS. Deja que el destino ingrato
concluya su obra, aunque sea
su fin un triste cadalso.

- INSPECT. Vamos.
D. PABLO. ¡Jamás!
INSPECT. ¿Quién lo impide?
D. PABLO. Soy autoridad, y mando,
respondo de él con mi vida,
hacienda, en fin, cuanto valgo.
INSPECT. Imposible es complacerle.
D. AUGUS. No ruegues por mí ya.
INSPECT. Vamos.
D. AUGUS. Soy con usted.
D. PABLO. ¡Oh!
D. AUGUS. (*Sumamente conmovido*). ¡Paulino!
Para vosotros aciagos
fueron los días que os viera
siempre yo.
D. PABLO. Ven a mis brazos.
¡Cuán desgraciados!
D. AUGUS. Perdona,
perdóname si he turbado
la paz que en este retiro
gozabas.
D. PABLO. Contigo parto,
a donde vayas yo iré.
INSPECT. Eso no.
D. PABLO. ¿Pues quién privarlo
podrá?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ARMANDO, ÁNGEL y en seguida PERICO

- D. AUGUS. ¿Quién? mira, tu hijo
del que eres único amparo.
ARMANDO. (*Tendiendo los brazos*).
¿Padre, marcharte deseas
sin mí quizás?
D. PABLO. (*Aproximándose a él y abrazándole*).
¡Desgraciado!
PERICO. (*Al inspector, muy alegre*).

Señor, le dije a mi tío
que hablaría usted a don Pablo,
y me creyó y vendrá luego
y yo...

INSPECT. (*Con enojo*). ¡Calla, mentecato!
no estoy para oírte ahora.

PERICO. ¿Que no?

INSPECT. (*Apartándole*). Deja libre el paso.
(*Los niños llegan en este momento y al
ver a Armando corren a él*).

MIGUEL. Aquí está.

JOSÉ. Sí. ¡Pobrecito!

Dame un beso.

MARTÍN. Y a mí, Armando.

(*Todos los niños le acarician sin que él
les atienda; con la cabeza vuelta hacia
donde cree está su padre, escucha con
ansiedad*).

D. AUGUS. ¡Adiós!

D. PABLO. ¡Se va!

ARMANDO. ¡No me dejes!

D. PABLO. (*Da un paso como para seguir a su herma-
no, pero deteniéndose, dice con desaliento
y como respondiendo a Armando*).

¡Para qué, si no le salvo!

*D. Augusto se aleja con el Inspector. Perico
mira a todos con extrañeza*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

D. PABLO y en seguida ARMANDO, que irá aproximándose lentamente a su padre sin que éste perciba su presencia hasta que el diálogo lo indique.

D. PABLO. ¿Por qué tan sólo desventura y duelo
De la vida he de hallar yo en la jornada...?
Otros quizás en esa azul esfera
miran su estrella como alumbra clara
presidiendo el destino venturoso
en el que dichas sin cesar alcanzan.
La mía desde el día en que ahí luciera
fatídica alumbró... en hora infausta
entré yo de este mundo en los senderos
y por ese ¡ay de mí! la suerte ingrata
marcado habrá este cruel destino
plagado de infortunios y desgracias;
mas ¿por qué, justo Dios? ¿qué hay en mi vida
que mi conciencia a descubrir no alcanza?
¿qué crimen, qué maldad sobre ella pesa,
que esta terrible expiación arrastra?
¿Por qué esta sed que de justicia siento
nunca he de hallar donde poder templarla?

¿Qué? ¿Siempre han de cruzarse ante mi paso turbios torrentes que inmundicia arrastran? Nunca podré mirar con faz risueña sonante arroyo, y en sus puras aguas saciar este deseo, afán creciente de ventura y de paz nunca gozadas.

(*Con fuego*).

Si es castigo ¿por qué? Si es prueba ¡oh cielos! ¡para sufrirla ya el valor me falta!

ARMANDO. (*Tendiendo los brazos y con mucho cariño*).

¡Oh, padre mío!

D. PABLO. ¿Dónde vas?

ARMANDO. Buscándote,

y tu voz me guió donde tú estabas, y pude comprender de tu amargura la enorme intensidad por tus palabras.

¡Mucho debes sufrir, padre querido!

¿De tu dolor sin duda soy la causa?

¿Sientes verme desgraciado, ciego, privado de gozar delicias tantas?

D. PABLO. (*Acariciándole*).

En parte sí es verdad; mas, hijo mío, la reflexión mis amarguras calma.

ARMANDO. (*Que al inclinarse su padre para acariciarle le habrá tocado el rostro, dice con dolor*).

¡Oh! no, que nunca al contemplar tus ojos pude decir que el llanto los bañara, y ahora mis manos al tocar tu rostro hallan en él dos silenciosas lágrimas.

¿Por qué lloras? ¿por qué? por mí no sea yo te lo ruego, sí, padre del alma.

Escúchame. ¿No sabes que yo impío del justo Dios la omnipotencia santa en duda puse, y con sarcasmo horrible herí su imagen que en la Cruz se ampara?

¿Qué extraño, pues, que en justa recompensa por mi impiedad e imperdonable falta, cayeran para siempre ante mis ojos las negras sombras que pavor me causan? Mas no importa, de Dios siendo castigo

yo debo acatar hoy su ley sagrada,
y tú...

D. PABLO. ¡Oh Dios!

ARMANDO. Que cieguécito al verme
queriéndome aún más... ¿verdad?... ¿Te callas?
¡nada dices!

D. PABLO. ¡Mi bien! ¿qué he de decirte,
si el dolor y el pesar mi voz embargan?

ARMANDO. Pues no debe así ser, que Dios lo quiso,
y sumisión a sus mandatos manda.

Mas ya te calmarás. Verás que pronto
el camino aprendiendo de tu estancia,
seguiré yendo como tú deseas
a saludarte allí por las mañanas,
y ante el retrato de la madre mía,
que allá en los cielos venturosa se halla,
me postraré pidiéndole que ruegue
a la Madre de Dios de la Esperanza
para que torne a tu afligido pecho
la paz perdida por mi culpa.

D. PABLO. (*Conmovido*). ¡Calla!

No es por ti sólo esta terrible pena;
otro pesar aumenta mi desgracia.

ARMANDO. ¿Otro?... Es verdad, oí como decías...
no recuerdo ahora bien... cosas extrañas...
de desdichas, de penas, de torrentes
que ciego inmundo por su cauce arrastran.
Estás en un error; bien cristalinas
nacen las fuentes, los arroyos pasan...

D. PABLO. Mas las tormentas que frecuentes llegan
el cristal puro de su linfa empañan.

ARMANDO. En cambio en ese mar que es tan extenso
no puede nunca la tormenta brava
turbias volver sus aguas cristalinas
donde los cielos su color retratan.

D. PABLO. Tienes razón; mas si con ellas quieres
templar un día de tu sed el ansia,
jamás conseguirás ese deseo,
pues son salobres a la par que amargas.

ARMANDO. ¿Y por qué eso ha de ser?

D. PABLO.

Nadie lo ignora.

El vegetal y mineral que guarda
el mar en sus entrañas causa es. Deja,
otro motivo habrá que en mi ignorancia
jamás pensé. Imagen de la vida,
del infortunio y la desdicha humana,
inmenso como aquélla, sus dominios
por todo el globo sin cesar ensancha.
¡Amargo es el dolor cuando nos hiere!
¡Cómo la hiel el infortunio amarga!
mas también como el mar que purifica
cuanto llega hasta él y bellos guarda
tesoros grandes que avariento el hombre
busca afanoso con astucia tanta,
así también en el dolor y el duelo
fuerte crisol puede encontrar el alma:
quizás la redención de su extravío
o el límite también de su ignorancia.

ARMANDO.

No te comprendo, padre.

D. PABLO.

Y quiera el cielo

que, aunque triste el dolor ya te acompaña,
que tardes muchos años todavía
en comprender del todo mis palabras.

ESCENA II

Dichos, y el INSPECTOR

INSPECT. Señor alcalde.

D. PABLO.

¡Ah! ¿es usted?

INSPECT. Deseo...

D. PABLO.

(*Interrumpiéndole*). Entremos en casa.

INSPECT.

Conversación muy escasa
habrá de ser ¿para qué?

D. PABLO.

(*Señalando a Armando, y en tono seco*).

Es mi hijo, no quiero, no,
que se entere.

INSPECT.

(*Acariciando a Armando*). ¿Es cieguecito?

D. PABLO.

Há dos días.

- INSPECT. ¡Pobrecito!
- ARMANDO. ¿Quién es? No recuerdo yo esa voz.
- INSPECT. Soy forastero.
- ¿Nada ves?
- ARMANDO. ¿Yo? no señor, mas sólo siento dolor que sufra padre y no quiero...
- INSPECT. Es muy natural sufrir, tú que serás su embeleso... te ve ciego.
- ARMANDO Es verdad eso, pero yo quiero decir que, aunque yo esté sin ventura, a padre le quiero tanto que sólo de su quebranto siento nacer mi amargura.
- INSPECT. Lo comprendo y en verdad que si pudiera tornarle la dicha, quisiera darle por ti la felicidad.
- ARMANDO. ¡Qué bueno ha de ser usted! (*Bajando la voz*). Si mi padre no me oyera una cosa le pidiera.
- INSPECT. Pues no nos escucha... ¿qué?
- ARMANDO. Voy a decirlo muy bajo, porque si no me oiría.
- INSPECT. Vamos, di.
- ARMANDO. Que yo querría se tomara usted el trabajo de decirle alguna cosa a padre, una reflexión, pues si no su situación, créame usted, es angustiosa. ¡Oh, si le hubiera escuchado hace un momento!... en su duelo hasta preguntaba al cielo por qué es tan desgraciado. Y todo por mí será y me causa esto tal pena...

(*Con mucho cariño.*)

- ¡Haga usted esa acción tan buena
que Dios se lo pagará!
- D. PABLO. Si no es sólo, hijo del alma,
tu desventura infinita
lo que de mi pecho quita
la paz.
- ARMANDO. ¿Quién roba tu calma?
¿Quién causante es del dolor
que por tu labio se exhala?
¿Quién tiene intención tan mala?
Contéstame, por favor.
- INSPECT. ¡Tiene genio el rapazuelo!
¿Si fuera un hombre, qué harías?
- ARMANDO. (*Con energía.*) ¿Qué? Si las manos mías
le alcanzaran, contra el suelo
le tirara y golpeando
le estaría sin piedad
hasta que de su maldad
se arrepintiera llorando.
¡A mi padre!...
- INSPECT. (*Riendo.*) Me hace gracia
tu valor.
- ARMANDO. ¿Gracia? ¡no tal!
lo que le hace a usted es mal,
pues es bueno, mi desgracia.
Jamás tan tristes antojos
tuve como tengo ahora,
y es que siempre bienhechora
la luz alumbró mis ojos.
Ahora sombras y quebranto,
quejas que hasta el alma llegan,
y luego saber se anegan
los ojos de padre en llanto.
No gracia, no; compasión
le dará saber que me hallo
tan sin ventura, y que callo
mucho aquí en mi corazón.
- D. PABLO. (*En tono de cariñosa reconvención.*)
¡Armando! ¡cuánta porfía!

- INSPECT. (*Conmovido.*) Yo tu perdón solicito,
te ofendo; pero, amiguito,
cree no es por culpa mía.
- ARMANDO. ¿Usted ofenderme a mí?
- D. PABLO. (*Al Inspector.*) Nada diga.
- ARMANDO. Expresión rara.
Si pudiera ver su cara...
¿Por qué habrá venido aquí?
- INSPECT. Porque mi deber lo ordena.
- D. PABLO. (*Con cariño.*) Es curiosidad en ti mucha.
- ARMANDO. Es verdad; mas ¿quién escucha
que otro es causa de su pena
y no busca con intento
de averiguar el motivo?...
- D. PABLO. Pues preguntar te prohíbo
nada al señor. Al momento
volveremos.
- ARMANDO. (*Aparte.*) Quién se atreva...
- D. PABLO. (*Al Inspector.*) Vamos, que no ha de saber...
que también puede perder
el nombre honrado que lleva.
- INSPECT. Vamos, pues. Adiós, querido.
- ARMANDO. Adiós quien quiera que sea.
- INSPECT. ¡Qué lástima que no vea!
- ARMANDO. (*Aparte.*) Este a mi padre ha ofendido.

ESCENA III

ARMANDO y ANGEL

- ARMANDO. Alguien llega... ¿quién será?
- ANGEL. (*Colocándose delante de él riendo.*)
Adivínalo.
- ARMANDO. (*Gozoso.*) ¿Tú aquí
otra vez a verme?
- ANGEL. Sí.
- ARMANDO. ¿No juegas con otros?
- ANGEL. ¡Bah!
ya jugaré.
- ARMANDO. Te habrá dicho

tu loro que te esperaba,
y que hablarte deseaba.
¿Verdad, Angel?

ANGEL. (Riendo.) Es un bicho
muy hablador, ¡ya lo creo!
se explica perfectamente,
¡já! ¡já! pero solamente
dice lo que yo deseo.
Y como el deseo era
estar en tu compañía,
con su charla me decía:
—corre, que Armando te espera.—
Y me tienes a tu lado
para escuchar cuanto quieras.

ARMANDO. (Con misterio.) ¡Ay! ¡Angel, si tú supieras!...
algo en mi casa ha pasado.
¿No te acuerdas al volver
ayer de paseo? estaba
mi padre...

ANGEL. Con dos hablaba,
y enfadado al parecer.

ARMANDO. Y mucho, pues que marcharse
quería. ¿Qué será ello?
¿Viste? me abracé a su cuello
obligándole a quedarse.
Pero la verdad, pensé
sería cosa ligera;
ni me acordaba siquiera
de lo que pasó, pues que
mi padre me dijo:—Niño,
nada es, ya está pasado
con todo el mundo el enfado.—

ANGEL. ¿Y habló alegre?

ARMANDO. Con cariño
y expansión; pero, há un momento
si hubieras estado aquí...
habló... yo no le entendí;
¡mas es tal su sufrimiento!...
y dice que no soy yo
sólo causa de su duelo.

ANGEL. Pues lo que ha sido recelo.

¿Tú tienes un tío?

ARMANDO. No.

ANGEL. Ayer en la plaza había muchos hombres que contaban que a un tío tuyo llevaban preso y que lo merecía.

ARMANDO. ¿De mi padre hermano? ¡ay Dios! Voy a preguntarle... ¡Ah! no puedo, y el otro está con él; se fueron los dos. Pero yo averiguaré...

ANGEL. Bueno, interín a paseo.

ARMANDO. Vámonos, si es tu deseo.

ANGEL. Ven, ven, y te llevaré donde gozoso oirás del bosque el dulce murmullo, de la tórtola el arrullo; y también aspirarás de la brisa embriagadora el aroma, y en tu frente sentirás el rayo ardiente del sol que las mieses dora. Y si tus ojos sin luz no ven todo lo que encierra de bello, el cielo y la tierra, antes que el negro capuz tienda la noche aun lejana, yo te lo iré relatando, mientras tú lo irás grabando en tu memoria lozana. Y escuchándome afanoso correrán dulces, serenas las horas, sin que las penas te hieran.

ARMANDO. ¡Qué bondadoso!

¡Oh! sí, escuchando tu acento, tu voz cariñosa, am ga, la pena que me atosiga menguar en mi pecho siento.

- ANGEL. Eso deseo yo. Vamos.
ARMANDO. ¿Ves? ya no estoy afligido.
Dame el brazo.
ANGEL. (*Riendo.*) Así cogido,
a ver si listos andamos. (*Vanse*).

ESCENA IV

D. PABLO y el INSPECTOR

- INSPECT. Ya se lo dije, don Pablo.
No puedo; son estas cosas
tan difíciles que ya
con el imposible tocan.
Es ya con ansia esperado:
como asesino le nombran
de Juan Carpín que há veinte años
cayó a su mano traidora.
- D. PABLO. Miente, miente quien lo diga:
es inocente:
- INSPECT. (*Con fina ironía.*) ¿Qué otra
cosa ha de decir su hermano?
- D. PABLO. (*Aparte.*) ¡Oh! la furia me transtorna.
(*Alto y dominándose.*) ¿Cuándo marcharán?
- INSPECT. Mañana,
antes de asomar la aurora.
- D. PABLO. Está bien. ¿No hay esperanza?
- INSPECT. ¿Esperanza? ni remota.
- D. PABLO. Yo que siempre confié
que Dios jamás abandona
al que es bueno y en El fía...
¡era ilusión engañosa!
- INSPECT. Justo en verdad es que el hombre
pague las desdichas propias;
pero porque haya un hermano
que traidor...
- D. PABLO. (*Indignado.*) No. Que no oiga,
señor inspector, ya más
tal palabra; si hasta ahora

fué calumnia ¡vive el cielo!
que si a tal empeño toman
de nosotros que uno haya
que tenga las manos rojas
de sangre, quizás consigan...
que muchos si insisten logran.

INSPECT.

¿Es una amenaza?

D. PABLO.

Es

que mi paciencia se agota
oyéndole, que está mal,
demuestra nobleza poca
echar en rostro al que gime
la falta ajena o la propia,
y más siendo solamente
usted un agente que obra
de la ley ante el mandato,
pero que si es justo ignora.
Cumpla bien con su deber,
encierre en negra mazmorra
al que cree tan culpable,
haga su vida penosa,
preséntelo al tribunal
y goce usted en su victoria.
Mas delante de su hermano
que diera su vida toda
por él, no se atreva, no,
a insultarle, que si goza
de omnímoda libertad
por ese bastón, me sobran,
siendo la razón muy mía,
fuerzas para que se rompa.

INSPECT.

Es altivo el buen alcalde.

D. PABLO.

Y es muy honrada persona,
y la altivez y el honor
si se juntan mucho importan.
Nada más he de decirle.

INSPECT.

Ni más oír me acomoda.

(Se saludan con ceremoniosa frialdad).

ESCENA V

D. PABLO, PERICO que se cruza con el INSPECTOR

- PERICO. (*Aparte.*) Va enfadado el forastero.
¡Qué mirada echó tan seria
al marchar, sobre don Pablo!
La de éste también fué buena.
- D. PABLO. (*Aparte.*) Se fué... Costóme trabajo...
¡Yo oír como se le afrenta!
- PERICO. ¡Don Pablo!
- D. PABLO. ¿Eres tú, Perico?
- PERICO. De mí no puede haber queja,
pues más pronto que mi tío
llevo la correspondencia.
- D. PABLO. Hoy vienes mucho más tarde,
pensé que carta no hubiera;
son las seis.
- PERICO. ¿Sí? (*Aparte.*) Me entretuve
con los chicos hora y media.
(*Alto.*) Hoy ha sido un disparate...
parece mucho se acuerdan
de nuestro hermoso lugar
cuando escriben tantas letras.
- D. PABLO. Pero en resumen ¿hay carta
para mí?
- PERICO. Sí, una. ¿Es esta?
- D. PABLO. A ver, es para don Bruno.
- PERICO. (*Sigue buscando en la cartera.*)
¡Pues pusieron mala letra!
- D. PABLO. ¿Mala?
- PERICO. ¡Cá! unos garabatos
que el diablo los entienda,
para usted y ha de entregarla
a don Agustín...
- D. PABLO. Es ella.
Dame, dame.
- PERICO. (*Aparte.*) Pues le dió
mala alegría...

- D. PABLO. (*Impaciente.*) No encuentras...
- PERICO. (*Deletreando los sobres.*) Lotario.
- D. PABLO. (*Cogiéndole las cartas.*) A ver.
- PERICO. ¡Santo Dios!
- D. PABLO. ¡El te la depare buena!
La habrás perdido, bellaco.
- PERICO. ¿Y cómo? ¿De qué manera?
- D. PABLO. Tú lo sabrás ¡y ay de ti!
si la carta no se encuentra.
Ya las he mirado todas.
- PERICO. No hay ninguna en la cartera.
(*Aparte.*) De ésta cae una paliza
de esas que recuerdo dejan.
(*Alto.*) No está, pero...
- D. PABLO. ¿Qué?
- PERICO. Quizás
a mí me lo pareciera
que llevaba aquella carta
no siendo verdad. (*Aparte.*) Es buena
ocurrencia.
- D. PABLO. No te vale
esa mentira; se espera
la carta y ha de salir.
- PERICO. (*Aparte.*) Pero si manos traviesas
de muchachos la encontraron
e hicieron salir de ella
unas cuantas pajaritas
que se marcharon ligeras
por esos mundos de Dios
volando ¿quién va tras ellas?
- D. PABLO. ¿Qué murmuras? a buscar
la carta y que comparezca.
- PERICO. (*Metiendo otra vez las cartas en la cartera*
¡Santo Dios y santo fuerte! [*muy afligido.*])
¡Gloriosa santa Quiteria!
yo te ofrezco un Padre nuestro
y hasta no comer cerezas
en ocho días si encuentro
esa endiablada muestra
de mi descuido.

de rondón ser capitán
y pasear ese cuerpo
con las estrellas al brazo
y hablando a todos bien recio.
Lo dicho... sargento soy,
o con vosotros no juego.
*(Tira al suelo la caña y se quita la gorra de
papel.)*

MIGUEL. ¡Pero José!

JOSÉ. No; lo dije,
¡recluta! ¡cá! no me avengo.

MIGUEL. Pues ¿quieres ser general?
ya ves si el salto es pequeño.

JOSÉ. *(Gozoso.)* ¿General?

MIGUEL. Si todos quieren,
por mí ya te lo concedo.

TODOS. Que sea.

JOSÉ. *(Cogiendo la caña y la gorra.)*

No me disgusta.

Pero nos falta plumero
para la gorra... y caballo.

MIGUEL. *(Dándole una caña.)*
Móntate en éste y veremos
si haces un buen general.

JOSÉ. ¿Y faja, y...?

MIGUEL. Todo ello
haz cuenta que lo perdiste
un día de vapuleo,
en que te hicieron correr
los contrarios.

JOSÉ. No; porque eso
demuestra poco valor.

MIGUEL. ¿Valor? ¿pues, esas tenemos?
todos corrísteis.

JOSÉ. *(Conformado.)* Entonces...

MIGUEL. Tú delante, detrás ellos.

JOSÉ. Si todos corrimos, bien,
seré general, acepto.

MIGUEL. Vamos, móntate en la caña.
(Aparte.) Pues si no estuviera ciego

- Armando, buen general
serías tú, ni ranchero.
- JOSÉ. Mira, haremos gran parada
como aquella que aquí se hizo
cuando a este pueblo llegaron
de soldados tantos cientos;
pero habéis de hacer vosotros
lo mismo que hacían ellos.
Yo vendré desde allá abajo
con el caballo corriendo,
tocáis la marcha real
al llegar yo, y con respeto
presentáis las armas.
- MIGUEL. Vete;
lo que se hará yo lo ordeno.
*(Alzando la voz y dirigiéndose a los niños,
que permanecerán formados.)*
Formen línea de batalla.
Firmes... Descansen.
- JOSÉ. *(Desde lejos.)* Que vengo.
- MIGUEL. Presenten armas.
- JOSÉ. *(Con impaciencia.)* La marcha.
*(Los niños figuran tocar la marcha real; al
que tiene la bandera.)*
- MIGUEL. Tú, la bandera hasta el suelo.
*(Al ver que José pasa por delante de ésta sin
saludarla, dice indignado:)*
Salúdala, general,
mira que si no te arresto.
- JOSÉ. *(Volviendo.)* Fué un descuido.
- MIGUEL. Bien, así,
y no repitas el hecho.
- JOSÉ. Que toque un poco la música
interín doy un paseo.
*(Después de dar una vuelta por la escena,
hace señas a los niños para que callen;
éstos le obedecen.)*
Os voy a echar una arenga
que tengo oída a mi abuelo
muchas veces... Atención.

- MIGUEL. Luisito, estate quieto,
y tú, Martín.
- MARTÍN. ¿Pues qué hago?
¿José, ya no cuentas eso?
- JOSÉ. Oídme, bravos soldados,
esforzados compañeros,
honra y prez de la nación
y asombro del mundo entero,
que os contempla entusiasmado
por vuestros brillantes hechos...
¿Qué os parece, sale bien?
- TODOS. Sí; sí.
- JOSÉ. Mira a ese Fulgencio,
está con la boca abierta,
cual si se fuera comiendo
las palabras que yo digo.
- MIGUEL. Pues que le hagan buen provecho.
Sigue, que es bueno el discurso.
- JOSÉ. Escuchadme, que no miento.
La patria se halla en peligro;
el francés, audaz y terco,
quiere conquistar a España
como conquistó otros reinos,
sin pensar que el español
es de más altivo genio
y que no es fácil mandarnos
si nosotros no queremos.
Mas fiando que son muchos
y nosotros somos menos,
pretende que habrá de hollarnos
como inocentes corderos;
pero yo interpretando
el belicoso deseo
que os anima, los provoco
a riña y también los reto.
- TODOS. ¡Bien! ¡bien!
- JOSÉ. Si aceptan osados
y se aproximan al pueblo,
aunque seamos tan pocos
y muchos se cuenten ellos,

- no ha de quedar uno solo.
- MIGUEL. ¿Y quién les llevará el cuento si mueren todos?
- JOSÉ. Pues nadie.
- MIGUEL. Los otros han de saberlo; hemos de dejar alguno.
- JOSÉ. No; no,
- MIGUEL. Sí.
- TODOS. Sí.
- JOSÉ. Ni uno quiero.
- MIGUEL. Pues quedará.
- JOSÉ. Que no, digo.
- MIGUEL. ¿No?... Quedará o nos veremos.
- JOSÉ. ¿Te insubordinas? cuidado...
- MIGUEL. Eso tú que eres tan terco. No eres general.
- JOSÉ. Lo soy,
- del caballo no me apeo.
- MIGUEL. Quiero que quede un francés.
- JOSÉ. No cumplirás tu deseo. A mí mis bravos soldados, desenvainad los aceros y coged al capitán.
- MIGUEL. *(A los que le rodean.)* Apartad, no seáis necios. Ahora sí que el enemigo que nos causa tanto miedo está próximo.
- JOSÉ. Mejor.
- MIGUEL. ¿Mejor, dices?
- JOSÉ. Sí.
- MIGUEL. Pues bueno. Muy pronto a la desbandada nos verá.
- JOSÉ. ¿Quién?
- MIGUEL. El maestro.
- JOSÉ. ¿Por dónde huimos?
- MARTÍN. *(Señalando la casa de Armando.)* Aquí.
- MIGUEL. De prisa, no hay otro medio.

(*Todos entran corriendo en casa de Armando. D. Bruno, que llega por el fonda, entra en la casa-escuela. En seguida, y también por el fondo, llegan Armando y Angel.*)

ESCENA VII

ARMANDO, ÁNGEL

ANGEL. (*En tono de cariñosa reconvención.*)

¿Por qué quisiste volver?

ARMANDO. (*Agitado.*) ¿No escuchaste ahí abajo?...

¿No viste con qué trabajo pude mi furia tener?

¡De mi padre murmuraban!

ANGEL. De su hermano.

ARMANDO.

Yo no sé,

que sólo un nombre escuché que con desdén pronunciaban;

y es un nombre que yo oí siempre con gran alabanza y el por qué no se me alcanza le han de tratar ahora así.

¿Será verdad que un hermano tiene mi padre, y que el tal se porta con él tan mal?

¡Ay Angel! dame la mano, condúceme a su presencia que yo preguntarle ansío por qué así al padre mío hace penar.

ANGEL.

¡Qué ocurrencia!

¿Por qué Armando? ¿qué entendemos nosotros de estas cuestiones?

ARMANDO.

Se adivinan expresiones aunque no las descifremos, que dicen a voz en grito: —esto está mal, esto no,— y ahora bien entiendo yo que en tal lenguaje hay delito.

ANGEL. (*Sin perder nunca el tono cariñoso.*)
Sigue tu genio iracundo
a pesar de tu ceguera.

ARMANDO. Tienes razón... y quisiera
ser hoy el mejor del mundo.
Ahora encerrado en mí mismo
con dolor mi falta lloro
y al Dios de clemencia imploro
piedad; ¡mas siempre lo mismo!

ANGEL. Acata la voluntad
del que tu falta castiga.

ARMANDO. Sí; ¿mas qué quieres que diga
cuando siento esta ansiedad?
(*Breve pausa.*) Aquel día fui un malvado;
aún es poco este castigo,
lo reconozco y lo digo,
que estoy poco castigado.
Si supieras qué porfia
en apagar la luz bella
de la lámpara, cual si ella
no alumbrara a quien debía.
Y después... después ¡Dios santo!
quise...
(*Óyese reír a los niños. Angel, después de
haberse cerciorado de que están en casa
de Armando, coge a este de la mano.*)

ANGEL. Ven, muchos te esperan
en tu casa.

ARMANDO. (*Retrocediendo.*) ¡Si me vieran
que derramaba este llanto!
No, ahora no quiero entrar;
después... ahora llévame
donde retirado esté
y déjame serenar.

ANGEL. Pero si saldrán aquellos.

ARMANDO. Ahora no. (*Con impaciencia.*)
¿No oyes qué digo?
Siempre no has de estar conmigo;
ve un poco y vuelve con ellos.

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Pobre Armando! como era

el más fuerte y más audaz
teme la burla mordaz
de esos.

ARMANDO. ¿Te vas?

ANGEL Sí; espera.

Serénate y en seguida
vendré con ellos.

ARMANDO. Sí; si.

No me moveré de aquí.

ANGEL. *(Aparte).* ¡Le habrá de costar la vida!

ESCENA VIII

ARMANDO

No sé que naciente afán
siento en mi pecho yo ahora;
¿es porque mi padre llora,
¿o es porque miedo me dan
estas sombras que me aterran;
esta oscuridad sombría
que amedrenta al alma mía
y el miedo en mi pecho encierra?
Mas ¡ay Dios! aunque taladre
mi pecho tanto tormento,
lo callaré con intento,
que no lo sepa mi padre.

(Óyese reír y gritar a los niños. Armando da algunos pasos por la escena.)

Cuán alegres están. ¡Ah!

¡Qué contentos, qué algazara!

(Al comprender que no sabrá volver al sitio de donde partió dice con angustiada voz.)

Yo... ¿dónde estoy? ¿quién me ampara?

¡Jesús!... ¿en dónde estará?

¿dónde la imagen bendita
que mi mano osó ultrajar?

¡Tú me querrás amparar!

¡tu bondad es infinita! *(Muy conmovido.)*

No merezco compasión,
ni que luz vean mis ojos;
(*Cayendo de rodillas y con suprema angustia.*)

mas ¡ay! a tus pies de hinojos
Dios mío, pido perdón.
¡Oye mi voz dolorida!
¡perdón! sólo eso reclamo.
¡Yo me arrepiento y te amo!

ESCENA IX

ARMANDO, don PABLO que habrá oído los dos últimos versos corre hacia su hijo y abrazándole con cariño le alza del suelo

D. PABLO. ¡Hijo!

ARMANDO. ¡Padre de mi vida!

D. PABLO. ¿Por qué te afliges? Valor,
otros como tú se hallan,
hijo mío.

ARMANDO. Quizás callan,
pero...

D. PABLO. (*Aparte.*) ¡Me ahoga el dolor!
(*Alto.*) Vamos, entremos en casa
que te esperan tus amigos.

ARMANDO. ¡Ah! de mi pena testigos.
(*Frótase los ojos repetidas veces. Durante toda esta escena debe poner gran cuidado el joven actor mostrando su talento tanto en la parte mímica como en la declamación.*)

¿Qué es esto, Dios?

D. PABLO. ¿Qué te pasa?

ARMANDO. (*Muy agitado.*)

¡Padre, si fuera esto cierto!...

D. PABLO. ¿Qué? Cálmate, hijo mío.

ARMANDO. Pero no, que es desvarío.

D. PABLO. ¡Armando!

ARMANDO. A explicar no acierto...

¿Es quimérica ilusión?
Creo que despierto me hallo,
¿o es que durmiendo batallo
con una hermosa ficción?
¿Es quizás mi fantasía
que, divagando a su antojo
contempla ese tinte rojo
que en rosa y blanco varía?
¡Sombras... se van alejando!
¡Luz!... ¡brillante!... ¡esplendorosa!...
De Jesús la faz hermosa
en la cruz... ¡no estoy soñando!

D. PABLO. ¿Qué dices?

ARMANDO.

Que de esa cruz
a la que ofendí sin tino,
nació por poder divino
para mí la muerta luz.
(*Cae de hinojos ante el Cristo llorando de
gratitud.*)

D. PABLO. ¡Dios mío! ¡prodigio tanto!...

ESCENA X

Dichos, D. AUGUSTO y el INSPECTOR

D. AUGUS. ¡Paulino!

D. PABLO. (*Se abrazan.*) ¡Augusto! ¿También
es cierto? ¿mis ojos ven
que no los nubla el llanto?

D. AUGUS. No, hermano del alma mía,
yo soy.

D. PABLO. ¿Mas cómo aquí hallarte
cuando intentaban llevarte
lejos con el nuevo día?
¿Has huido?

D. AUGUS. No. Concluya
tu zozobra; libre estoy.

D. PABLO. ¿Libre?

INSPECT. Sí, libre desde hoy.

- D. PABLO. (*Mirando con reconocimiento al Cristo.*)
También esto es obra suya.
(*A D. Augusto.*) Cuenta cómo ha sido, acaba,
di cómo...
- INSPECT. (*Interrumpiéndole.*) Muy poca cosa;
una orden poderosa
que su libertad ordenaba,
la recibí hace un momento.
Esto le puede mostrar
que no sé rencor guardar,
pues me gozo en su contento.
- D. PABLO. Gracias. Mi ventura inmensa
es hoy, pues Armando ya
recobró la vista.
- D. AUGUS. (*Abrazando a Armando.*) ¡Ah!
El pasado recompensa
esta suprema ventura.
- D. PABLO. No en vano tuve en Dios fe,
al fin mi ruego ha escuchado.
Armando, es tu tío amado.
- ARMANDO. ¿Mi tío?
- D. AUGUS. Sí.

ESCENA XI

Dichos, y PERICO que llega corriendo con una carta en la mano

- PERICO. (*Dándole la carta a D. Pablo.*) Tome usted.
- D. PABLO. Es verdad, este es el sobre.
- PERICO. (*Suspirando con fuerza.*)
¿Este? Ya he cobrado aliento.
- D. AUGUS. A ver.
- D. PABLO. Espera un momento,
deja la calma recobre.
- PERICO. ¡Ay, también yo la perdí!
Esa carta malhadada...
como la di equivocada...
(*Sentándose en el suelo y golpeándose el*
¡Uf! ¡qué pena siento aquí! [*pecho.*])

D. AUGUS. ¿Pero por qué esta ansiedad?
Veamos lo que esto sea. (*Cogiéndole la carta.*)
Déjame que yo la lea
y sepamos si hay verdad:
—«El que a Juan la muerte dió
viendo que otros por él gimen,
comprendiendo es nuevo crimen
su falta al juez confesó.
Con precisión asombrosa
de detalles tantos cita,
que del crimen de la ermita
se ve la verdad espantosa.
Él en la cárcel está
y ya sabe el pueblo entero
el nombre del verdadero
criminal, por lo que ya
puedes gozoso tornar
a la patria que tanto amas;
si vindicación reclamas
allí la podrás hallar.
Adiós, cuanto yo te digo
cree aunque te lo abone
quien sólo por firma pone
de tu inocencia:—Un testigo.»—
¡Oh! siempre firmarse así,
es extraño.

D. PABLO. ¿Qué te admira?
¿te dice un testigo?... mira,
le tienes cerca de ti.
El crimen junto a la ermita
cometiólo el hombre aquél.

(*Señalando al Cristo.*)

Éste es el testigo fiel
que a la confesión le incita.

D. AUGUS. ¿Pero por qué tantos años
para esta vindicación?

D. PABLO. Quizás a pura oración
fueron tus labios extraños.
Quizás en Dios no fiando
tu vida corrió entre penas.

- D. AUGUS. ¡Es verdad que de odio llenas
iba memorias guardando!
y en mi eterno sufrimiento
a Dios nada le pedía,
hasta que rendido un día
de tan continuo tormento,
a esa bóveda serena
alcé la mirada triste.
- D. PABLO. Te comprendo, le pediste...
- D. AUGUS. A Dios, calmara mi pena;
mi pensamiento voló
hasta Arenys, y ante ese Cristo
se prosternó.
- D. PABLO. Pues ya has visto
como tu ruego escuchó.
- D. AUGUS. De gratitud en ofrenda
hemos de ir.
- D. PABLO. ¿Cómo dudar?...
Mañana, sin más tardar,
aunque abandone mi hacienda.

ESCENA ÚLTIMA

- D. BRUNO que sale de la casa-escuela. Al poco rato los niños que salen de casa ARMANDO, y rodeando a éste le acarician gozosos. PERICO hace cuantas demostraciones le sugiere su ingenio festivo.
- D. PABLO. (*A Don Bruno.*) Pronto, si Dios nos da vida,
aunque sin romper el lazo
de nuestra amistad, un abrazo
le anunciará mi partida.
- D. BRUNO. No comprendo. ¿Es que se ausenta?
- D. PABLO. Sí, a nuestro pueblo natal.
- D. BRUNO. ¿Acaso le va a usted mal
entre nosotros?
- D. PABLO. No.
- D. AUGUS. (*A Don Pablo.*) Cuenta...

D. PABLO. Después, cuando con más calma
estemos, en su memoria
quiero que grabe una historia,
un triste drama del alma.
Ahora sólo le diré
que allá lejos, do no alcanza
la mirada, en lontananza,
nuestro afán constante ve
en una comarca hermosa,
de fértil y ameno suelo,
de azul y límpido cielo
y de playa deliciosa;
el muro bien asentado
de una ermita, do el creyente
ruega a la imagen doliente
de Cristo en la Cruz clavado.
A sus plantas los tres hemos
de postrarnos, que a Él tan sólo
debemos que muerto el dolo,
honra, dicha y paz gocemos.
De aquella imagen, mirad,
esta es la copia más bella.
(*A los niños.*) Venid, de hinojos ante ella,
niños hermosos, cantad.
Cantad con sentido acento
un himno, plegaria pura,
canto de dicha y ventura,
que yendo en alas del viento,
sin su belleza dejar
ni perderse su armonía,
cual vuestro labio la envía,
llegará hasta Arenys de Mar.

(*Los niños postrados de hinojos cantan.*)

De Cristo a las plantas
llegando gozosos,
cantemos de gloria
un himno y de paz.

Pidámosle luego
que siempre benigno
la súplica nuestra
se digne escuchar.

*(Armando en primer término, arrodillado
con los otros niños; los demás en actitud
respetuosa.)*

FIN DE LA COMEDIA

Teatro del Hogar — 1.^a Serie

Colección de Sainetes, Monólogos
y Diálogos para niños y niñas ::

Se han publicado los siguientes:

El canastillo de flores

Cuadro dramático, para niñas.

Musarañas

Diálogo en verso, para niñas.

La plegaria de una niña

Juguete cómico en prosa, para niñas

Niñas y flores

Diálogo en verso, para niñas.

Amor victorioso

Ensayo dramático, para niños.

La bachillera

Juguete cómico, para niñas.

Ama y criada

Monólogo a transformación, para niñas.

No siempre lo malo es malo

Comedia en verso, para niños y niñas.

La mejor ciencia

Diálogo en verso, para varios niños.

Mi bigote

Monólogo cómico, para niño.

La hija del marinero

Monólogo en verso, para niña.

Latidos del Corazón

Monólogo serio, para niño.

Medicina del cielo

Monólogo en prosa, para niña.

Día de prueba

Monólogo en prosa, para niño.

Un cazador

Monólogo en prosa, para niño.

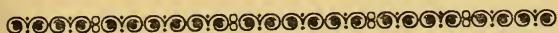
¡Todos felices!

Juguete cómico en un acto y en verso.

La plegaria de un ángel

Cuadro dramático a propósito para el mes de Mayo, en un acto, para niñas.

Su precio: cada uno . . . 0'25 ptas.



Teatro del Hogar — 2.^a Serie

Se han publicado los siguientes:

Las glorias de los humildes

Proverbio moral en dos cuadros y en verso, para niños . . . 0'50 ptas.

El Cristo de Mont-Calvari

Comedia en tres actos y en verso, para niños . . . , 1 pta.

El natalicio del Eterno Rey

Pasaje histórico-bíblico en dos actos y dos cuadros, en prosa y verso, para niños y niñas 1 pta.

